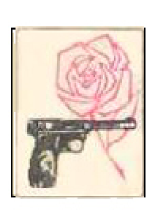


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

# Chivo expiatorio

Un agente de la CIA ha sido asesinado, lo que siempre moviliza a la agente Baby, y parece que el asesino es un ruso nacionalizado estadounidense que ha tenido contactos con agentes de la MVD. Pero Brigitte no está del todo segura… ¿Es el asesino o solamente un chivo expiatorio?




Lou Carrigan

# Chivo expiatorio

## Brigitte en acción - 245

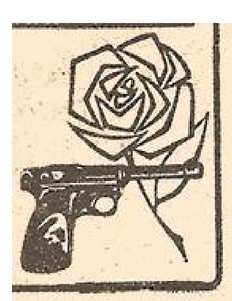
## Archivo Secreto - 238

**ePub r1.1**

**Titivillus** 06.10.2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

# Brigitte
# EN ACCION



# Asesinato en Ajaccio

Jason Carawan llegó, finalmente, al puerto de Ajaccio, en Córcega, después de la larga travesía en lancha. Un largo viaje, desde Niza, a cuyo término, Carawan tenía la impresión de que sus huesos habían quedado helados, merced al frío de la noche en el mar.

Y lo peor era que tendría que volver a efectuar la misma ruta, a la inversa, aquella misma noche. En total, habría navegado casi quinientos kilómetros, todos ellos de noche. Y ni siquiera le quedaba el recurso de viajar a poca velocidad, con lo que el frío habría sido menor.

No.

No podía viajar a baja velocidad. Por el contrario, tenía que hacerlo a la máxima, sacarle el mayor partido posible a la veloz lancha. Y a cuanta más velocidad navegase, más le parecería que el frío le estaba cortando la carne, congelando los huesos…

Pero había que hacerlo.

Ya en Ajaccio, dejó la lancha en el muelle, casi delante mismo de la estación de ferrocarril, hacia la cual se dirigió, caminando un poco encogido, con las manos en los bolsillos. Por supuesto, había utilizado guantes, y de cuando en cuando había bebido un buen trago de coñac; pero ni esto, ni la manta con la que se había envuelto como buenamente había podido, le había aliviado del frío.

Caminaba deprisa, pisando firme, haciendo todo lo posible para que la sangre circulase con mayor rapidez, y calentase así su aterido cuerpo.

Llegó a la estación, y se dirigió, sin vacilar, a una de las papeleras del exterior. Se detuvo ante ella, y miró a todos lados. No: nadie le estaba mirando… Por la sencilla razón de que no había nadie por allí. Debían ser las tres de la madrugada. Es decir, que había empleado cinco horas en llegar desde Niza a Ajaccio. Y ése era, lógicamente, el tiempo que necesitaría para volver. Por lo

tanto, se harían ya las ocho de la mañana. Contando lo que tenía que hacer, y que le llevaría no menos de media hora, significaba que estaría de regreso a Niza entre las ocho y media y las nueve.

Si era antes de las nueve, todo iría bien.

Pero no podía perder ni un segundo.

Metió la mano dentro de la papelera, rebuscando, hasta encontrar el pequeño y duro paquete. Lo sacó, lo miró brevemente a la luz de la red pública, y se lo metió en un bolsillo, reanudando su camino por el Cours de Napoleón, hasta llegar a la Avenida de Ornano. Aquí, giró hacia la izquierda, y caminó unos doscientos metros avenida arriba, como hacia el interior de la isla. Recorridos esos doscientos metros, giró a la derecha, adentrándose por una estrecha calle cuya iluminación provenía de faroles clavados en las fachadas de las casas, casi todas ellas bajas, de menos de tres pisos.

Llegó a su destino definitivo en menos de quince segundos. Se detuvo ante una puerta, y pulsó el timbre. Era una casa de dos pisos, que se hallaba a oscuras. Ciertamente, las tres de la madrugada es una buena hora para dormir…

A los pocos segundos, se encendió una luz en el primer piso, haciendo destacar un rectángulo amarillo. Otros pocos segundos después, se oyó una voz detrás de la puerta a la que Jason Carawan había llamado:

—¿Quién es?

—Jason, de Niza.

Dentro de la casa se oyó claramente la exclamación. Enseguida, el sonido de un cerrojo. La cerradura giró. La puerta se abrió, y un hombre quedó ante Carawan. Estaba en pijama, con la cabellera revuelta, pero no quedaba el menor vestigio de sueño en sus claros ojos.

—Jason —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¡Pasa!

Carawan ya estaba entrando en la casa. Esperó a que el otro cerrase la puerta, y musitó:

—¿Estás solo, Ed?

Edward Parker, el residente de la CIA en Córcega, le miró estupefacto.

—¡Naturalmente que estoy solo…! ¡Qué tontería! ¿Con quién podría estar?

—Bueno… Es verano, en la isla hay hermosas muchachas, y

quizá…

Ed Parker soltó un gruñido.

—No me digas que has venido desde Niza a estas horas para interesarte por esas idioteces.

—Claro que no. Cierra la puerta y vamos al garaje.

—Ya está cerrada…

—Con llave —masculló Carawan—. Y con cerrojo.

Parker parpadeó. En sus ojos comenzaba a aparecer una expresión de alarma. Si Jason Carawan, jefe residente de la CIA en Niza le decía aquello, era que tenía que hacerlo. Las explicaciones llegarían a su debido tiempo.

Así que cerró la puerta, y se quedó mirando a Carawan, el cual señaló hacia arriba.

—Tienes que vestirte. Mientras tanto, yo haré tu cama… Tiene que parecer que no te has acostado esta noche. Y no olvides tu pistola.

—Bien.

Eran dos espías.

Dos veteranos y expertos espías. Cada uno de ellos ostentaba una jefatura de sector de la CIA, y esto, profesionalmente, era significativo: no se le da la jefatura de un sector a nadie que no esté capacitado para ello.

Subieron rápidamente al primer piso, y entraron en el dormitorio de Edward Parker. Éste se quitó en el acto el pijama, y comenzó a ponerse las ropas que había llevado el día anterior. Mientras tanto, Jason Carawan hizo la cama, y después echó un vistazo alrededor, lento y meticuloso.

—¿Ves tú algún indicio de que ya hayas estado acostado? —preguntó.

Ed Parker negó con la cabeza unos segundos después. No. Aparentemente, en aquella cama, en aquella habitación, nadie se había acostado aquella noche. Ya vestido, recogió de la mesita de noche los cigarrillos y el encendedor. El silencio era absoluto.

—¿Ha ocurrido algo grave? —musitó.

Carawan movió la cabeza. Era más joven, más alto, más fuerte que Ed Parker; éste tenía los ojos claros, una complexión más bien gruesa, y los cabellos comenzaban a escasear en la parte delantera de la cabeza, y hacia las sienes; debía tener unos cuarenta y cinco

años. Jason Carawan todavía no tenía cuarenta, medía seis pies, tenía los ojos oscuros, las facciones enérgicas, la complexión atlética…, y, ciertamente, todavía no había comenzado a quedarse calvo Y era poco probable que esto llegase a suceder algún día, teniendo en cuenta sus características, su gran mata de oscuros cabellos ondulados.

—Vamos al garaje —señaló hacia la puerta.

Como buen espía, Ed Parker no replicó. Salieron del dormitorio, apagó la luz, y volvieron al recibidor. Bajando a la izquierda había una puerta en el recibidor, que daba directamente al garaje. Parker la abrió, introdujo un brazo, y dio la luz. Carawan le precedió al interior del garaje, señalando el coche, un viejo «Dauphine» de color azulgris.

—¿Funciona bien, tiene gasolina? —preguntó.

—Desde luego —asintió Parker.

—Bien.

—¿Nos vamos?

—Espera un momento… ¡Demonios, tengo las manos heladas!

—Pues no hace mucho frío… Estamos en junio y el…

—Si hubieses venido desde Niza en una lancha como yo, pensarías de otro modo respecto a si hace o no hace frío. Bueno, espero que esto me alivie un poco —acabó de ponerse los guantes, y sacó del bolsillo el paquete que había recogido en la estación del ferrocarril—. Toma, abre esto, por favor.

Parker tomó el paquete, y lo desenvolvió. Dentro había una pequeña caja de cartón, que pesaba bastante Retiró la tapa, y se quedó mirando la pistola que había en el interior, identificándola en el acto, por supuesto: era una «Beretta» 7.65, que llevaba acoplado un silenciador.

—¿De quién es? —se interesó.

Jason Carawan ya la estaba empuñando. Retrocedió un par de pasos, apuntó a Ed Parker al pecho, y, mientras los ojos de éste se desorbitaban, apretó el gatillo.

Plop.

La bala fue directa al corazón de Edward Parker, que soltó la caja y saltó hacia atrás, emitiendo un sonido parecido a un ronquido. Cayó de espaldas, con los pies apuntando hacia Jason Carawan, que estuvo unos segundos contemplándolo, un poco

demudado, inmóvil.

Luego, se acercó, puso una rodilla en el piso de cemento, y se quitó el guante de la mano izquierda, tirando con los dientes de los extremos de los dedos. Puso dos de éstos en un lado del cuello de Parker. Fin. Punto final. Adiós, Ed Parker.

Rápidamente, Carawan efectuó la recogida. Metió la pistola de nuevo en la caja de cartón, cerró ésta, se quitó el otro guante, y rehízo el paquete, que se guardó en un bolsillo. Luego, alzó la puerta del garaje, de una sola pieza, salió a la calle, y bajó la puerta, pero no hasta cerrarla completamente.

Tras mirar a todos lados, Carawan se alejó, siempre a buen paso. Era una hora óptima para cometer un asesinato, sin que más adelante apareciesen testigos que hubiesen visto a tal o cual persona cerca del lugar del crimen.

Poco después, llegaba a la estación del ferrocarril. Dejó el paquete en la misma papelera en que lo había encontrado, y fue hacia el puerto…

Todavía no hacía media hora que Jason Carawan había llegado a Ajaccio, cuando ya se alejaba…, dejando atrás el cadáver de su compañero y compatriota Edward Parker, jefe residente de la CIA en Córcega.

# Capítulo primero

Tras el pertinente permiso y formalidades rutinarias, la pequeña avioneta tomó tierra en el aeropuerto de Ajaccio-Campo de Oro, y se fue deslizando hacia el extremo de la pista asignado. Por fin, la hélice dejó de girar incluso al aire de la marcha, el aparato quedó inmóvil.

La cabina fue desplazada, y un hombre saltó a tierra. Se volvió, para ayudar a hacer lo mismo a la mujer.

Una extraordinaria mujer.

Cuando estuvo en tierra firme, junto a su compañero de vuelo y piloto de la avioneta, miró hacia el edificio del aeropuerto, mientras un hombre ataviado con mono que pasaba cerca se detenía en seco y se quedaba mirándola con la boca abierta, incrédulo. Si estaba todavía soñando, era mejor no despertar jamás…, siempre y cuando la mujer formase parte del sueño.

Era de buena estatura, elegante, de cuerpo espléndido y armonioso, rostro bellísimo, cabellos largos y negros suavemente ondulados, boca sonrosada, piel que parecía de seda y de oro, y con los ojos más grandes, azules y hermosos que el mecánico había visto en su vida.

Era, en suma, una divina aparición celestial. Un ángel.

El ángel sonrió al mecánico, y miró a su piloto.

—¿Llevamos el horario previsto, Simón?

—Sí.

—Entonces, él debe estar esperándonos en el vestíbulo.

—Por supuesto. Vaya usted allá. Yo me presentaré a las autoridades del aeropuerto, y me encargaré de todo. No hay problema, puesto que seguimos estando en Francia.

Ella asintió, y comenzó a andar. El mecánico desorbitó los ojos al verla moverse. Nunca había visto a nadie caminar con tal gracia y naturalidad femenina. Así que estuvo mirando a la muchacha de

los ojos azules hasta que desapareció en el edificio del aeropuerto.

Allí, en el vestíbulo, Simón dejó sola a la muchacha, que dio unos pasos lentos, mirando con interés alrededor, siempre sosteniendo el maletín rojo con florecillas azules estampadas, en su mano izquierda… De pronto, su mirada se detuvo, quedó fija en el hombre que se acercaba a ella, mirándola con sumo interés. Un hombre alto, atlético, de facciones enérgicas, de algo menos de cuarenta años, que cuando se detuvo ante la muchacha, musitó:

—¿Baby?

La azul mirada de Brigitte *Baby* Montfort, periodista de profesión visible, agente N. Y. 7117 en los archivos de personal de la CIA americana, quedó fija en los oscuros ojos de Jason Carawan.

—Sí —susurró—. ¿Simón-Niza?

Jason Carawan asintió.

—Sí. De acuerdo a previsiones de emergencia establecidas hace tiempo, también soy, en estos momentos, Simón-Córcega, en sustitución temporal de Edward Parker…, quiero decir de Simón-Córcega titular.

—Parker ya ha muerto —musitó Brigitte—. Ya no tiene importancia que mencionemos su verdadero nombre, Simón.

—Supongo que así es —admitió Carawan—. ¿Ha tenido buen viaje?

—No —negó la espía más implacable del mundo—. Nunca tengo buen viaje cuando el objeto de éste es encontrar al asesino de uno de nuestros compañeros. ¿Tienen ya alguna pista?

—No… Todavía no. En realidad, no hemos investigado a fondo.

Baby le miró sorprendida.

—¿Por qué no? —se interesó.

—Bueno… Se me notificó que usted vendría, así que pensé que todos podíamos ahorramos una pérdida de tiempo investigando lo que descubrirá usted sola…, como siempre. Todos tenemos la firme convicción de que usted encontrará a quien mató a Parker…

—Por supuesto —asintió secamente Brigitte.

Jason Carawan se pasó la lengua por los labios.

—Por supuesto —repitió—. Por otra parte, quizá llamaríamos la atención. En cambio, usted hará las cosas con más discreción. Además, usted habla ruso…, y los conoce muy bien.

Una expresión helada apareció en el bellísimo rostro de la espía

internacional.

—¿Ese ruso sigue en Ajaccio? ¿No se ha marchado?

—No. Hasta donde yo sé, su comportamiento es natural. Se diría que no tiene nada que ver con el asunto. Y además, no es ruso propiamente hablando, sino francés. Ed me habló de él alguna vez… Se lo tomaba a broma.

—¿Parker se tomaba a broma a ese ruso? —Alzó las cejas Brigitte.

—Pues… más bien, sí. Veamos: según parece, el nombre auténtico del ruso es Yaroslav Novorin. Tiene unos cuarenta años —Carawan sonrió desganadamente—. Es un hombre muy interesante.

—¿A qué se refiere?

—Al aspecto físico. Es un…

—Esa parte no me interesa, Simón. Dígame exactamente qué llegó a saber Parker de él, de Yaroslav Novorin.

—Bueno, llegó a Francia con sus padres cuando era un niño; tendría tres o cuatro años. Más adelante, Yaroslav Novorin se convirtió a la religión católica, y tomó el nombre de Claude Novorine. Naturalmente, sirvió en el ejército francés… Quiero decir que es francés, de nacionalidad.

—Entiendo. Pero… ¿cuáles son sus actividades?

—No parece que tenga otras que las ya conocidas: es propietario de un pequeño hotel, llamado Beausoleil, en el sur de la ciudad, en Punta de la Parata. Delante mismo de la playa. Aparentemente, eso es todo. Ed jamás me habló de que Novorine tuviese otras actividades. Aún más: finalmente, dejó de interesarse por él, asegurando que no podía tener nada que ver con el espionaje. A fin de cuentas, no todos los rusos son espías.

—Claro que no. ¿Se veía usted con frecuencia con Edward Parker?

—¿Con frecuencia…? Bueno, yo diría que sí. A veces estábamos tres meses sin vernos, pero al mes siguiente las circunstancias nos obligaban a tener varios contactos. Sí, con frecuencia: un promedio de quince o veinte veces al año, por lo menos.

—Espero que con la debida discreción —musitó Brigitte.

—Claro —se sorprendió Carawan—. Sí, claro, naturalmente… ¿Por qué dice eso?

—Usted podría ser el siguiente.

Jason Carawan se quedó con la boca abierta. Luego, se mordió el labio inferior, antes de musitar:

—No había pensado en ello… Pero ya que usted lo dice, pues… Bueno, podría ser. Si alguien vigilaba a Ed, alguna vez pudo verme con él.

—¿Se veían aquí o en Niza?

—Oh, en ambos sitios. Unas veces iba yo allá, otras él venía a Niza… No teníamos regla fija: viajaba el que en aquel momento tenía más facilidad para hacerlo. En alguna ocasión nos vimos también en Marsella, en la Jefatura de la Estación Sur. Bueno, lo que usted ha dicho tiene sentido, desde luego, pero no creo que a mí quieran matarme también.

—¿Por qué no? —Volvió a alzar las cejas Brigitte.

—Sea lo que fuere lo que ha ocurrido, tiene que estar referido directamente a Córcega. Y yo, hasta que mataron a Ed, no tenía nada que ver específicamente con Córcega, sino con Niza. Y allá no pasa nada.

—¿Y aquí?

—Pues aquí… ¿quién sabe? Es decir, Ed debía saber algo, así que lo mataron. En mi opinión, lo mataron cuando se disponía a venir aquí, a Campo de Oro, seguramente a tomar un avión… Tengo la impresión de que pretendía ir a Marsella, o quizá a Niza, para informar de algo recientemente descubierto.

—¿Por qué tiene usted esa impresión?

—Lo encontraron en el garaje, por la mañana…

Simón apareció, vio a Brigitte y a Jason Carawan, y se dirigió hacia ellos. Cambió un leve saludo de viejos conocidos con Carawan, y miró a Brigitte.

—Todo listo. Podemos ir a Ajaccio cuando guste, Baby.

Ésta miró a Carawan, que asintió.

—Le he alquilado un coche, en efecto —dijo.

—Vamos para allá. Mientras tanto, siga explicando.

Con un hombre a cada lado, la espía se dirigió hacia la salida del edificio. Carawan prosiguió la explicación, tras tender las llaves del coche alquilado a Brigitte.

—Como le decía, lo encontraron por la mañana, en el garaje. La puerta no estaba cerrada completamente, y unos niños que jugaban por allí, se metieron dentro del garaje. Imagínese el susto de esos

pobres muchachos… Bueno, teníamos montado un dispositivo por omisión que informaba siempre de cualquier eventualidad: si cada mañana, mi teléfono en Niza no sonaba tres veces, a las ocho en punto, y luego dejaba de sonar, era que algo no iba bien por aquí. Ya sabe usted que había una cierta interdependencia entre Niza y Córcega… Bueno, yo recibía esa señal, y acto seguido, llamaba yo al teléfono de Ed en Ajaccio, del mismo modo. Hace dos días, él no llamó. Así que llamé yo inmediatamente a Ajaccio, y me encontré con todo el asunto en marcha: el cadáver había sido descubierto por unos niños, que se dirigían a la escuela y entraron allí jugando. Todo fue rápido, ya que la policía se había hecho cargo de él, y tenían invadida su casa… Todo eso. Como es lógico, llamé a Marsella, por teléfono, desde luego, e informé de lo sucedido. Me ordenaron asumir la jefatura aquí, a la espera de la decisión definitiva de la Central, y se ocuparon de que nuestros diplomáticos tramitasen todo lo referente al traslado de Ed a Estados Unidos… Por esa parte, no creo que tengamos nada que hacer, todo marcha adecuadamente…

—Pero aún no se han llevado el cadáver.

—Aún no. Creo que lo harán mañana. Bueno, volviendo a lo de mi impresión de que Ed quería ir a Niza o a Marsella en avión aquella noche, le diré que, según la policía, lo mataron hacia las dos de la madrugada, más o menos. Considerando que a esa hora no parece probable que Ed se dedicase a pasear en coche por Ajaccio, creo que debemos pensar que posiblemente iría al aeropuerto. ¿No le parece?

—No sé —reflexionó Brigitte—. ¿Hay algún vuelo entre Ajaccio y Niza o Marsella a las dos de la mañana?

—Pues no —parpadeó Jason Carawan—. No.

—¿Entonces…?

—Hay uno a las ocho, a Marsella. Este es su coche.

Se detuvieron junto al coche, un «Peugeot 404». Brigitte abrió la portezuela, y se inclinó para colocar el maletín en el asiento vecino al del volante.

—Si el avión salía de aquí a las ocho de la mañana… ¿por qué iba a querer venir Edward Parker aquí a las dos de la madrugada? —preguntó.

—He pensado que quizá él sabía que estaba en peligro. De modo

que esperó que fuese muy tarde, escondido en su casa. Cuando calculó que era el momento de la fuga, fue al garaje, abrió la puerta…, y entonces le dispararon. Debían estar esperando en la calle. La intención de él, por supuesto, era abandonar su casa, esconderse en cualquier parte, y tomar el avión.

—También podría ser que quisiera ir a cualquier punto de la isla —deslizó Brigitte.

—Lo malo de las islas —susurró Carawan— es que pueden convertirse con gran facilidad en una trampa sin salida. Mire, si lo mataron, fue por algo, ¿no? Algo que quizá él había sabido…, y que el otro o los otros supieron que él había sabido. Ed se dio cuenta de que la cosa se estaba poniendo seria, y quiso escapar. Y el mejor y más veloz medio de escapar de la isla, es el avión.

—Quizá tenga razón —admitió Baby—. ¿Cuántos hombres tenía Parker a sus órdenes en la isla? Y no hablo de colaboradores nativos, sino de los nuestros, norteamericanos.

—Hay uno en Bastia y otro en Bonifacio, o sea, en el norte y en el sur de la isla. Ed ocupaba el centro, y así se distribuía bien todo el terreno.

—¿Qué saben los Simones de Bonifacio y Bastia de todo esto?

—Nada.

—¿Parker no les llamó, no les dijo que había sabido algo, o que estaba en peligro, o que pensaba marcharse…? ¿No les dijo nada?

—No. Cuando yo llegué en avión aquí, ellos aún no sabían que lo habían matado. Se enteraron más tarde, por la radio. Ahora están esperando instrucciones de usted.

—Que se vayan.

—Lo suponíamos —sonrió Carawan—. No quiere que sus Simones corran riesgos, ¿verdad?

—Exactamente. Y ellos, que llevan tiempo en Córcega, podrían ser los próximos. Nosotros tres somos diferentes…, espero. ¿Alguien le ha vigilado estos días?

—No —negó Carawan—. Con toda seguridad: no.

—Entonces, tendremos que investigar nosotros tres solos. Por cierto: ¿cómo murió exactamente Edward Parker?

—Un balazo al corazón, disparado desde muy cerca. La policía ha identificado el arma utilizada, por medio de la bala: una «Beretta» del 7.65.

—¿Lo mataron de un solo disparo?

—Sí… Uno solo, al corazón. Y de frente, desde luego.

Brigitte estuvo unos segundos pensativa, con expresión ausente.

—¿Ha comentado usted con alguien mi llegada? —preguntó de pronto.

—¿Yo? —Quedó estupefacto Carawan—. ¡Cielo santo, claro que no!

—Está bien. Avise a los Simones de Bastia y Bonifacio que se marchen cuanto antes, que dejen la isla desmantelada en cuanto al servicio normal. La CIA desaparece de Córcega. ¿Está claro?

—Desde luego —sonrió Carawan—: es su sistema clásico, si no estoy mal informado.

—¿No le parece bien?

Jason Carawan quedó pensativo unos segundos, antes de contestar:

—Sin duda alguna, es una medida muy prudente, y por supuesto, garantiza la supervivencia de los demás… Pero quizá tampoco sea prudente, por otra parte, quedarnos solos. De todos modos —añadió rápidamente— mi opinión no implica de ninguna manera que esté discutiendo su modo de operar, Baby. Eso aparte de que sé perfectamente que su llegada a la Estación Sur de Francia implica que ha tomado la jefatura total, así que estoy por completo a su disposición.

—Está bien. No abandone su radio de bolsillo, Simón… Y avíseme inmediatamente de cualquier dificultad.

—No se preocupe por mí —musitó Carawan; miró al otro agente de la CIA—. ¿Cómo está Rol…, quiero decir Simón-Apendicitis?

El agente que había llegado con Baby pilotando la avioneta sonrió como divertido.

—Está bien. Se va a tomar unas breves vacaciones, eso es todo.

Jason Carawan movió la cabeza, mirando de nuevo a Brigitte.

—¿Qué le parece? Casi al mismo tiempo que mataban a Ed, uno de mis hombres padece un ataque de apendicitis en Niza. Bueno, fue bastante más tarde, hacia las siete de la mañana. Por fortuna, él estaba con Simón-Apendicitis, y lo llevó a una clínica.

—La verdad es que me asusté. Caracoles, tenías que haber visto cómo se retorcía Simón-Apendicitis. Todo lo que se me ocurrió era que no podía perder ni un segundo.

—Está bien. Ya pasó —Carawan encogió los hombros—. Tengan cuidado con ese ruso-francés. ¿Van a estar los dos en el Beausoleil?

—Ella no quiere —negó Simón—. Pero no te preocupes: estaré muy cerca, para cuidar que no le ocurra nada.

—Vámonos —miró Brigitte su relojito—. Estoy impaciente por conocer a ese ruso-francés llamado Claude Novorine. Hasta la vista, Simón.

—Tengan cuidado —insistió Carawan.

Brigitte y Simón entraron en el coche, ella al volante. Al llegar a Ajaccio, Simón se apearía, y se las arreglaría por sus propios medios para mantenerse cerca de Baby, discretamente. En cuanto a ésta, compraría algunas cosas en la ciudad, y luego iría a alojarse en el hotel Beausoleil…

Jason Carawan estuvo viendo alejarse el coche, hasta perderlo de vista.

Entonces, regresó al edificio del aeropuerto, fue a un teléfono, y efectuó una llamada.

—¿…?

—¿Hotel Beausoleil? —preguntó.

—Póngame con el señor Malpasi, por favor.

Hubo unos segundos de espera…

—¿…?

—Soy yo —musitó Carawan—. Se lo advertí: la han enviado a ella. Acaba de llegar de Niza, con uno de mis hombres de allá, en una avioneta. Va hacia ahí.

—¿Que no me preocupe? —exclamó Carawan—. ¡Es el consejo más estúpido que he escuchado jamás, Malpasi! No sé si me ha entendido usted bien: se trata de Baby.

—Estoy seguro de que otros muchos han pensado lo mismo que usted en los últimos diez años… Y ella siempre ha vuelto a la base. Yo le he advertido, Guido. Por más que usted no necesita que nadie le diga el peligro que su llegada significa.

—Sí, estaba previsto, desde luego. Bueno, ya lo sabe: va a estar usted encerrado con una persona que es una mezcla de tigresa y de serpiente cobra. No se descuide ni un segundo, o su cabeza rodará por el suelo. Está advertido.

Jason Carawan, el asesino de Edward Parker, colgó, y se dispuso a abandonar también el aeropuerto Campo del Oro.

Y mientras se alejaba de allí, Carawan pensaba en la hermosa mujer de los ojos azules que acababa de conocer. La agente Baby, que siempre aparecía cuando un Simón, un agente de la CIA, era asesinado. Y hasta entonces, que él supiese, Baby había vengado siempre, siempre, siempre, a su compañero muerto.

Jason Carawan se llevó una mano a la frente y la notó húmeda y caliente.

—No tengo por qué preocuparme —se dijo—. A fin de cuentas, ella no es adivina. Y ya le tenemos preparado el chivo expiatorio.

¿Qué haría Baby en cuanto se viese frente a Claude Novorine? La solución le parecía sencilla a Jason Carawan. Baby simplemente, se deslizaría por los canales que se le habían preparado, y, en su momento, mataría a Novorine.

Sí.

# Capítulo II

—Habitación 22 —sonrió el conserje, tendiendo la llave—. Espero que disfrute su estancia en la isla, señorita Tisdale.

—Muchas gracias —sonrió la rubia inglesa de los ojos verdes, que había presentado pasaporte a nombre de Nora Tisdale—. Tengo muy buenas referencias de Córcega, y, en efecto, espero pasarlo bien unos cuantos días. ¿Hay algún británico más en el hotel?

—Pues… Bueno, en estos momentos, no.

—Mejor —sonrió de nuevo la bellísima rubia—. Me he propuesto hablar solamente en francés y en italiano, para practicar.

—No sé cómo habla usted el italiano —casi rió el conserje—, pero en cuanto al francés, no me parece que necesite prácticas, señorita Tisdale: lo habla perfectamente.

—Es usted muy amable.

Un botones se hizo cargo de la maleta que Baby había comprado en Ajaccio, llena de ropa que también había adquirido en la ciudad, sin complicarse la vida Cuando se efectúa un viaje relámpago con intenciones de matar a alguien, la elegancia no es necesaria, los modelos exclusivos de la Quinta Avenida de Nueva York pueden perfectamente quedarse en el armario…

El botones, al recibir la propina, se dijo que si cada cliente fuese igualmente generoso, en poco tiempo podría tener su propio hotel. Por desgracia, no era así, y tras ofrecerse para complacer a *mademoiselle* en cuanto necesitase, la dejó sola en la habitación 22.

La habitación 22, como todas las que tenían número par, en el Beausoleil, estaba frente a la playa, y desde la pequeña terraza se podía contemplar el intenso azul del mar hasta el horizonte. En aquel hermoso día de sol, sin una sola nube en el cielo, cualquiera podía considerarse afortunado por estar allí…, si realmente se dispusiera a pasar unas vacaciones.

Pero unas vacaciones para matar, no pueden ser agradables.

Durante unos minutos, mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba el mar y los bañistas de la playa, Nora Tisdale estuvo reflexionando sobre esto, con profundo disgusto.

—De todos modos —se dijo—, antes de matarlo quiero saber por qué lo ha hecho, por qué mató a Edward Parker, y qué es lo que pretende en Córcega. Algo está tramando, y tiene que ser importante. ¿O es, simplemente, que han querido atraer a Baby a una trampa… una vez más?

Entró en la habitación, y dedicó siete u ocho minutos a repasarla minuciosamente, hasta convencerse de que no habían micrófonos, ni cámaras fotográficas o de televisión ocultas. Habría sido demasiado…

Con la metódica escrupulosidad de siempre, Nora Tisdale colocó sus cosas en el armario, examinando con más atención las prendas que había comprado. Bueno, para el poco tiempo que pensaba estar allí, era más que suficiente. Aunque nunca se sabe… A veces, lo más sencillo en apariencia se convierte en algo terriblemente complicado.

Se desnudó, agarró el albornoz, y se metió en el cuarto de baño. Colgó el albornoz, y se disponía a meterse en la bañera para ducharse cuando quedó inmóvil, fruncido el ceño.

Regresó al dormitorio, abrió el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y busco en él uno de los tarritos de maquillaje sombreador. Abrió la cama, vacilo, y acabó por manchar con el maquillaje un lado de la almohada, dándole unos ligeros toques con el delgado pincelito. Lo guardó todo de nuevo, cerró la cama, y fue a ducharse, teniendo buen cuidado de no mojar excesivamente la peluca rubia, y por supuesto, desprovista de las lentillas de contacto de tonalidad verdosa.

Luego se secó, se puso el albornoz, se colocó de nuevo las lentillas, y volvió de nuevo al dormitorio. Abrió la cama… Luego, descolgó el auricular del teléfono que había en la mesita de noche.

—¿…?

—Soy Nora Tisdale, de la 22. Acabo de llegar…

—…

—Sí, gracias Es decir, no: quiero hablar con el director o el propietario del hotel.

—¿…?

—Eso he dicho.

—…

—Mire, pueden elegir ustedes entre enviarme a alguien que me dé explicaciones, o enviarme el libro de reclamaciones del hotel; lo dejo a su elección.

Colgó. Encendió un cigarrillo, y se sentó en una butaquita. No importaba que aquello fallase: habían otros muchos medios para conseguir el contacto, y ciertamente, nadie tenía que enseñarle nada al respecto.

Pero no falló. Estaba a mitad del cigarrillo cuando sonó la llamada a la puerta. Apagó el cigarrillo en el cenicero, y fue a abrir, componiendo una expresión enfurruñada, pero sin exagerar. Hay que tener clase, incluso para efectuar una reclamación.

Al abrir la puerta, Nora Tisdale abrió la boca para empezar a hablar… Y se quedó así, con la boca abierta, contemplando al hombre que había ante ella. Era uno de los hombres más hermosos que había visto en su vida: alto, bien proporcionado, ojos azules, cabellos rubios y largos, un tanto rizados en las puntas, como sorprendentes bucles diminutos. Estaba muy bronceado, y este tono de sol destacaba con su camisa de color amarillo con dibujos negros… La barbilla del hombre era grande y sólida, con una raya vertical que parecía dividirla. La boca, grande, varonil, simpática, sonreía en aquel momento…, aunque el hombre estaba, a su vez, estupefacto de admiración.

—¿Señorita Tisdale?

—Sí… Sí.

—Soy Claude Novorine, propietario y director del hotel. Entiendo que exige usted explicaciones sobre algo.

—Sí… Bueno… No es que exija, es que… Oh, por favor, pase, señor Nava… Navo…

—Novorine —el ruso-francés entró, miró alrededor, y de nuevo a su cliente—. No-vo-ri-ne. Si le parece complicado, puede llamarme Claude. Como usted comprenderá, aparte de que deseo que los huéspedes de mi hotel se hallen confortablemente instalados, mi intención es estar en todo momento a su disposición.

—Gracias… Bueno, creo que he… he exagerado un poco el asunto… No había para tanto. Pero al ver la mancha, he descolgado el teléfono, y me he encontrado hablando con la telefonista… Me

parece que me he precipitado…

Claude Novorine la estaba mirando fijamente. Su actitud era atenta y cortés, forzadamente impersonal; pero dicha actitud se estaba desmoronando ante la bellísima rubia cubierta con el cortito albornoz azul.

—¿Ha hablado usted de una mancha?

Nora Tisdale señaló la cama, y ambos fueron hacia allí. Novorine vio enseguida las pinceladas oscuras en la almohada, y para asombro de Nora Tisdale, enrojeció intensamente, superando el tono bronceado de sus viriles facciones.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento muchísimo, señorita Tisdale.

—Bueno, no es nada… Quiero decir que es tan poca cosa que no vale la pena… Lo que ocurre es que esa mancha me sugirió que la ropa de la cama no estaba limpia. Parece… parece que no haya sido cambiada cuando el último ocupante se marchó… Bueno, lo que quiero decir…

—La comprendo perfectamente. Y le pido disculpas. ¿Desea hacer la correspondiente anotación en el libre de reclamaciones?

—Oh, no, por Dios… He sido una tonta, eso es todo No he debido molestar a nadie por esto.

—Yo le agradezco que lo haya hecho. Mi hotel no es de lujo, pero me gusta que funcione como si lo fuese. Y por supuesto, ropa limpia en la cama es lo mínimo que tiene derecho a exigir el cliente. La verdad es que no sé cómo disculparme por esto.

—Le está dando demasiada importancia.

—No. Si fuese pintor, pintaría los mejores cuadros del mundo. Como eso no sé hacerlo, y en cambio sí soy hotelero, quiero que lo que hago sea lo más perfecto posible.

—La verdad, señor Novorine, no hay para tanto…

—Le agradezco su amabilidad. Y me ocuparé inmediatamente de que estas ropas sean cambiadas. ¿Hay algo más que le disguste?

Nora Tisdale contemplaba, como fascinada, al bello ejemplar masculino. Bien, ya había hecho el contacto. Ya tenía ante ella al hombre llamado Yaroslav Novorin, que podía ser, ¿por qué no?, un importante elemento del espionaje ruso en el sur de Europa. Edward Parker así lo había sugerido, al principio. Y Simón-Niza había insistido en ello. ¿Por qué?

—Lo único que me disgusta —murmuró— es haberle disgustado a usted. De verdad lo siento. Todo está muy bien, sí.

—Gracias. ¿Me permite telefonear?

—El teléfono es suyo —se sorprendió Nora.

—Cuando un cliente ocupa una habitación, todo lo que hay en ella es suyo.

—De todos modos —sonrió ella—, puede usted telefonear.

Claude Novorine llamó por teléfono, pidiendo con voz amable nueva ropa de cama para la habitación 22. Luego, salió a la terraza, miró a ambos lados, se aseguró de que todo estaba bien, y volvió al interior Mientras tanto, una de las empleadas del hotel había llegado, con ropa limpia. Al ver la mancha, se sonrojó y miró a Novorine, mordiéndose los labios. No hubo el menor comentario. La ropa de la cama fue cambiada, y la empleada salió de la habitación, con la sucia.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —se ofreció Novorine.

—Sí —musitó Nora—. Por favor, no regañe a la camarera.

—De acuerdo —sonrió, de pronto, Claude—. No la molesto más, señorita Tisdale; evidentemente, se disponía usted a descansar.

—Sí… Unos minutos, antes del almuerzo.

—¿Almorzará usted aquí, en el hotel?

—Sí, sí…

Claude Novorine se dirigió hacia la puerta, asintiendo con la cabeza.

—Si puedo servirla en algo más, no vacile en llamarme. Y gracias por su comprensión.

La puerta se cerró. Nora Tisdale estuvo unos segundos inmóvil. Luego, se quitó el albornoz, y se tendió en la cama. Estaba realmente cansada, desde luego…

Cansada, sobre todo, del juego del espionaje. Un juego en el que, cuando convenía a determinados planes, se asesinaba a una persona. Así de sencillo: tal persona molesta, así que a matarlo… ¿En qué había molestado Edward Parker?

A las doce y media en punto, despertó. Se vistió rápidamente, tomó el maletín, y fue hacia la puerta del cuarto. Abrió… y se quedó mirando, sorprendida, el ramo de flores que apareció ante sus ojos. Detrás del ramo de flores había un botones, sosteniéndolo.

—Con los respetos del señor Novorine —dijo.

—Oh… Espere, le daré…

—No, gracias. El señor Novorine me lo ha prohibido en esta ocasión, señorita Tisdale. Me dijo que esperase delante de la puerta hasta que usted saliese, para entregarle las flores y desearle una feliz estancia.

—Bueno, gracias… Gracias.

El botones dejó en sus manos el ramo de flores, y Nora Tisdale lo colocó en un jarrón. No había nota alguna en el ramo, desde luego. Y la idea de que hubiese metido entre las flores algún micrófono le pareció absurda y ridícula, En realidad, todo en aquel asunto era absurdo.

Recogió de nuevo el maletín, y en el acto notó la leve vibración en el asa Abrió el maletín, sacó la radio de bolsillo escondida en una radio a transistores, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Soy Simón-Niza —oyó la voz de Jason Carawan—. ¿Puedo hablar?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Sólo quería informarla de que Simón-Bastia y Simón-Bonifacio han recibido su orden, y se disponen a abandonar Córcega. A las dos y cuarto, estaremos solos los tres.

—Magnífico. Gracias, Simón.

—¿Cómo van las cosas? Supongo que está usted en el hotel Beausoleil.

—Sí… Sí, en efecto.

—Tenga mucho cuidado —insistió de nuevo Jason Carawan.

Nora Tisdale endureció el gesto y miró el ramo de flores.

—No se preocupe —susurró—. Me ocuparé debidamente de Claude Novorine.

—¿Lo va a matar?

—Ya sabe usted que si realmente él o alguien que trabaja con él mataron a Simón-Ajaccio, esto es, a Edward Parker, las probabilidades de vida que les quedan son muy escasas. Pero no somos carniceros, ¿verdad, Simón? Sea lo que fuere que hagamos, lo haremos bien. Así que no se preocupe por nada. Espero estar pronto en condiciones de controlar al señor Novorine.

—De acuerdo.

—Bien. ¿Algo más, Simón?

—De momento, no. Espero sus instrucciones.

—Gracias. Hasta pronto.

—Adiós.

Nora Tisdale cerró la radio, la guardó y de nuevo se dirigió hacia la puerta, siempre llevando su maletín.

Abajo, cuando se dirigía hacia el comedor, vio a Claude Novorine, conversando con el conserje, que la descubrió enseguida. Claude volvió la cabeza, le sonrió y se acercó a ella.

—Espero que haya usted descansado, señorita Tisdale.

—Lo suficiente para aguantar hasta la hora de la siesta, gracias —sonrió también Nora—. No ha debido usted molestarse…

—¿Se refiere a las flores? No ha sido molestia alguna. Todo lo contrario. ¿Esperó el botones a que usted despertase?

—Sí, sí… Es usted muy considerado. Y yo me siento como una estúpida.

—Se juzga demasiado severamente —casi rió Novorine—. La verdad es que yo habría hecho lo mismo que usted. ¿Va a almorzar?

—Así es.

—Espero que tenga buen apetito; me he permitido encargar personalmente su almuerzo. Y espero haber acertado en la elección del menú.

—Estoy segura de ello. Bueno, señor Novorine, me gustaría poder agradecerle de algún modo sus atenciones.

—Hay un modo muy sencillo: cuando regrese usted a su país, recomiende el Beausoleil a sus amigos que proyecten pasar sus vacaciones en Córcega.

—Lo haré —rió Nora—. ¡Puede estar seguro de que lo haré!

—Espléndido. Buen apetito, señorita Tisdale.

Nora sonrió y continuó su camino hacia el comedor. Un camarero acudió inmediatamente hacia ella, y la condujo a una mesa cerca del ventanal, desde el cual se veía la playa. Era evidente que la había estado esperando precisamente a ella. En la mesa había un búcaro con flores. Otro camarero acudió, portando una bandeja en la que había un aperitivo y un plato con diminutos pescados fritos, que le mostró, con gesto tan elegante que casi resultó cómico.

—¿Le apetece a usted? —ofreció.

—Sí, gracias —contuvo la risa Brigitte—. Tiene muy buen aspecto. Parece que el señor Novorine no ha descuidado ningún

detalle.

—Nunca descuida nada —aseguró el camarero.

Le sirvió el aperitivo y se retiró en pos del otro, que naturalmente no había preguntado qué deseaba para almorzar. Nora probó el vino y asintió con claro gesto aprobativo. Del maletín sacó un paquete de cigarrillos, y ya iba a encender uno cuando lo pensó mejor y lo regresó al paquete…

—Hace usted muy bien —dijo una voz en italiano, a su derecha y un poco atrás—. Fumar es la tontería más grande del mundo.

Volvió la cabeza… y tuvo que sonreír al ver al hombre que había hablado: tenía un cigarrillo en la mano izquierda. Su edad debía rondar los sesenta años, era de mediana estatura, complexión fuerte, rostro curtido por el sol, de modo que destacaban sus ojos claros y sus cabellos con abundancia de canas en las sienes. Vestía un tanto descuidadamente, pero resultaba interesante.

—No sólo es una tontería, sino perjudicial —contestó amablemente Nora—. Quiero decir que hay tonterías que no perjudican, como por ejemplo, contar las estrellas. En cambio, fumar es una tontería grave.

El hombre estaba estupefacto.

—Perdone —musitó—. ¿Es usted o no es usted la señorita que desea practicar el italiano?

—Sí, soy yo. ¿Por qué?

—En mi opinión, no necesita lecciones. ¡Lo habla tan bien como yo, que soy italiano!

—Oh… Muy amable, señor…

El hombre inclinó la cabeza un instante.

—Guido Malpasi, a sus pies, señorita Tisdale.

La espía más peligrosa del mundo parpadeó, como sorprendida. De pronto, sonrió y señaló la silla que tenía delante, al otro lado de la mesa.

—No sabría qué hacer con usted a mis pies, señor Malpasi —rió —. ¿No prefiere sentarse ante mí?

—Con muchísimo gusto —exclamó Malpasi, apresurándose a ocupar la silla señalada—. Es usted encantadora, señorita Tisdale. Por lo tanto, tengo el convencimiento de que disculpará mí… desfachatez.

—¿Desfachatez? —se sorprendió Nora.

—Verá usted… Cuando la vi llegar al hotel, quedé maravillado, así que luego me acerqué al conserje a preguntar quién era. Cuando me dijo su nombre, y que era una inglesa que sólo quería hablar en francés e italiano, pues… decidí probar fortuna.

—¿Qué clase de fortuna? —Frunció el ceño Nora.

—Conversar con una periodista que, además de ser lógicamente inteligente, era tan bonita. Cuando me he acercado a usted, pensaba que por mi gusto me pasaría el resto de mí estancia en Córcega, enseñándole el italiano…, pero no lo necesita. De verdad: lo habla muy bien, no necesita lecciones.

—Lecciones, no, pero práctica, sí —sonrió Nora—. En Inglaterra es difícil hablar italiano. Ya sabe usted cómo somos los ingleses: creemos que todo el mundo tiene que hablar inglés, así que incluso esperamos eso cuando viajamos al extranjero. Lo cual es demasiado fácil, así que yo prefiero adaptarme al país que visito. O, en todo caso, hablar un idioma diferente al mío. No hay nada en la vida mejor que aprender.

—Estamos de acuerdo —rió Guido Malpasi—. ¿Y qué ha venido a aprender a Córcega?

—A tomar el sol.

El italiano quedó atónito un instante. Luego, volvió a reír.

—¡Es algo, en verdad, digno de aprenderse! —exclamó—. No todas las personas saben tomar el sol. Por lo general, abusan de él, de modo que se queman la piel, y en ocasiones sufren consecuencias aún más desagradables. Pero, claro, éste no es su caso.

—¿Por qué no?

—Sólo hay que mirar el tono dorado de su piel para comprender que es usted una experta en tomar el sol. Su bronceado es suave, lento y profundo… Apuesto a que pasa la mayor parte del tiempo lejos de su país.

—Así es —rió de nuevo Nora—. Es usted muy perspicaz, señor Malpasi. ¿A qué se dedica?

—¿Yo? A vivir de mis rentas.

—Oh… Vaya, eso es envidiable.

—Preferiría tener veinte años menos y tener que seguir ganándome la vida. Pero, por desgracia, ya he llegado a la edad en que se supone he merecido el descanso. Hace ya ocho meses que descanso, ¿y qué cree que he conseguido?

—Aburrirse.

—¡Exacto! He recorrido Italia, por fin… Llevaba años soñando con poder hacerlo, sin prisas, conociendo bien mi país… Y de pronto, me he dado cuenta de que ya lo conocía mejor de lo que pensaba. Siempre he ido de un lado a otro a toda prisa, pero, evidentemente, incluso viajando deprisa se conoce el mundo… Así que he decidido salir de Italia. Y el primer paso ha sido Córcega. Espero vivir lo suficiente para pasar pronto al continente.

—Oh, vamos… ¡Cualquiera diría que es usted un anciano, señor Malpasi!

—¿No lo soy? Tengo ya sesenta y un malditos años.

—¿Malditos? ¿Por qué dice eso?

—Bueno —alzó las cejas Malpasi—, está claro que cuantos más años se tienen, menos años nos quedan de vida, ¿no?

—Sí —admitió Nora—. Eso es cierto, indiscutiblemente. Pero su punto de vista es muy diferente al de una amiga mía, una dama francesa que tiene ya más de setenta años… Es una anciana simpática, que supongo usted no conoce: se llama Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Una duquesa… No cabe duda de que tiene usted buenas relaciones, señorita Tisdale. ¿Cuál es el punto de vista de su amiga, la duquesa?

—La veo con cierta frecuencia; en realidad, la visito cada vez que voy a París Y cada vez que me ve… ¿qué dirá usted que me dice Annette?

—No puedo imaginarlo.

—Pues me dice: «¡Nora, querida, qué alegría verte! ¿No sabes? ¡Ya he cumplido otro año, he *vivido* un año más!» —Nora empujó el plato de pescadito frito hacia Malpasi—. Y cuando nos vemos a la mañana siguiente, recién levantadas, en su casa del Boulevard Saint Michel me dice: «¡Nora, querida, he *vivido* otro día! ¿No es maravilloso?». Y yo, señor Malpasi, creo que sí es maravilloso «envejecer» otro día, ver aparecer el sol una vez más, tener ante nosotros una nueva jornada en la que, sobre todo, estaremos vivos. Usted tiene sesenta y un años… Ya los *tiene*, eso es seguro, los ha *vivido ya*. Y esa ventaja me lleva, señor Malpasi, porque… ¿cómo puedo yo tener la seguridad de que viviré sesenta y un años?

Guido Malpasi estaba boquiabierto, estupefacto. Cerró por fin la

boca, estuvo unos segundos pensativo, y por fin, musitó:

—Tengo la impresión, señorita Tisdale, de que por mucho que yo la ayude a practicar el italiano, no conocerá usted mejor el idioma. En cambio, quizá yo conoceré un poco mejor la vida.

—Pero no tendrá que agradecérmelo a mí —rió la espía—, sino a mi amiga Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Me gustaría conocer a esa dama.

—¿Quiere decir que yo ya no le intereso?

—¡Claro que no quiero decir eso! —Respingó Malpasi.

—Entonces, le invito a pescadito frito. Muy frito, de modo que esté crujiente y se pueden comer las espinas, incluso. Es un pequeño placer… Uno de los muchos pequeños placeres que la vida puede seguir ofreciéndonos. Y me estoy preguntando, señor Malpasi: si usted, en sesenta y aun años no ha aprendido a disfrutar de los pequeños placeres… ¿qué ha aprendido?

# Capítulo III

Abrió los ojos, tendió el brazo derecho hacia la mesita de noche y tomó la radio, que estaba emitiendo un suave «bip-bip-bip» de llamada. Completamente desnuda sobre la cama, Brigitte Montfort, sin peluca rubia y sin lentillas, aceptó el contacto.

—¿Sí? —musitó.

—¿Sabe usted que Novorin ha salido del hotel?

—Lo sé ahora, gracias a que usted está haciendo su trabajo, Simón. Por mi parte, tras el viaje desde Estados Unidos a Córcega sin descansar, estoy haciendo le posible por reponer energías. Entiéndase una siesta… ¿Va Novorin en coche?

—Sí, desde luego. Le estoy siguiendo.

—Correcto. ¿Ha visto por aquí cerca a Simón-Niza?

—Él se ha quedado cerca del hotel, por si usted llegase a necesitarlo.

—Oh.

—Parece que tiene intenciones de convertirse en su guardaespaldas.

—Es muy de agradecer. ¿Lleva usted el equipo adecuado para seguir a Novorin?

—Naturalmente. Lo teníamos previsto todo. ¿No es así?

—No lo pierda de vista. Yo voy a vestirme ahora, y voy a ir al centro. Son las… —Brigitte miró su relojito— las cuatro y media. Estaré esperándole a usted a partir de las cinco, frente al Palais Fesch. ¿De acuerdo?

—*Okay.*

Brigitte cerró la radio, saltó de la cama y se vistió rápidamente. Se puso la peluca rubia, las lentillas de tono verdoso, y tras contemplarse críticamente en el espejo, para asegurarse de que todo estaba bien, recogió su maletín y salió de la habitación.

Abajo, en el vestíbulo, estaba Guido Malpasi, sentado en uno de

los sillones, muy meditativo. Al verla, se puso en pie rápidamente y fue a su encuentro.

—¿Ha descansado bien?

—Así es, señor Malpasi, gracias.

—Yo no me he movido de ese sillón… ¿Sabe que usted es una persona que incita a la meditación, señorita Tisdale?

—¿Cómo debo entender esa frase? —Frunció el ceño Nora.

—Bueno —rió Malpasi—, supongo que a hombres más jóvenes que yo debe usted incitarlos en otro sentido, si me permite decirlo. Y a mí también… Sólo que una de las cosas que sí he aprendido es a aceptar mis limitaciones. Y hablando de meditaciones… Perdone, me parece que la estoy entreteniendo. ¿Va usted a alguna parte?

—Pues sí.

—Lo siento. Bien, tengo mi coche.

—Yo también tengo un coche alquilado, señor Malpasi.

—Ya… Sí, comprendo. Pero nos veremos a la hora de la cena, quizá.

—Seguramente —sonrió cortésmente Brigitte—. Perdóneme, pero tengo un poco de prisa.

—No faltaba más. Hasta luego.

—Hasta luego.

Segundos después, Nora Tisdale estaba en su coche. Partió hacia el centro de Ajaccio, mirando por el retrovisor. Guido Malpasi estaba en la puerta del hotel, mirándola, pero no parecía tener la intención de ir tras ella. Quien sí iba tras ella, en un «Fiat», era su guardaespaldas Jason Carawan, es decir, Simón-Niza. Baby sonrió secamente y encogió los hombros.

Faltaban cinco o seis minutos para las cinco cuando detenía el coche delante del Palais Fesch. Simón no había llegado todavía… Pero sí llegó Jason Carawan, que estacionó el coche unas decenas de metros más arriba, se volvió a mirarla, e hizo un gesto que Baby interpretó exactamente: nadie les había seguido. A menos que se tratase de alguien lo bastante hábil para engañar a Simón-Niza…

Simón-Avioneta no llegó a las cinco. Ni a las cinco y media. Ni a las seis, ni a las siete… Eran casi las ocho cuando apareció, a pie, caminando pausadamente, mirando a todos lados. Llevaba un paquete bajo el brazo, envuelto en hojas de periódico.

Nora Tisdale lanzó una breve ráfaga con las luces de cruce, y

pese a que todavía era de día, el destello fue suficiente para que Simón localizase el coche en el acto. Fue allá, y se sentó junto a Nora. Ésta señaló hacia el «Fiat», del cual había salido ya Jason Carawan y se dirigía hacia ellos.

—¿Ha conseguido algo? —murmuró Baby.

—Sí.

—Espere a que llegue él.

Jason Carawan se metió en el asiento de atrás de coche de Nora, mirando con gran interés a Simón.

—¿Has conseguido algo?

Simón asintió y desenvolvió el paquete. Contenía una cámara fotográfica «Polaroid», capaz de revelar por sí misma una fotografía en pocos segundos. Habían varias fotografías ya reveladas, no menos de quince o veinte clichés todavía vírgenes y un teleobjetivo.

Simón separó las fotografías reveladas y las tendió a Baby. Por encima del hombro de ésta, Carawan se dispuso a examinarlas al mismo tiempo que ella.

—¿Novorin ha regresado al hotel? —murmuró la espía.

—Sí. Le seguí hasta allí y he vuelto. Al parecer, se ha dedicado a hacer compras para el hotel y ésas sor las primeras fotografías. Las he puesto por orden… Las últimas, a mi juicio, son las que nos interesan.

Nora Tisdale pasó rápidamente las primeras fotografías. En ellas se veía al apuesto Claude Novorine entrando en diversos almacenes de ventas al por mayor; de comestibles, de bebidas, de ropas, utensilios de cocina… Finalmente, apareció la que lo mostraba de pie ante la mesa de un bar colocada en la terraza.

—¿Dónde es esto? —preguntó Nora.

—Un bar llamado Il Corso, en Cours Napoleón. Novorin llegó allá, como dispuesto a entrar en el bar. El hombre que está sentado a la mesa, mirándolo, le llamó y él se acercó. Pase a la siguiente.

Apareció la siguiente fotografía. Novorin estaba sentado a la mesa de aquel hombre, mirándolo. La fotografía era de perfil ahora. El hombre desconocido debía tener algo más de treinta años, era alto, fuerte, cabeza sólida, largos cabellos…

Nora se volvió a mirar a Carawan.

—¿Conoce a este otro?

—No.

—Tiene cara de ruso —musitó Simón.

La espía le dirigió una amable mirada. Luego, pasó a la siguiente fotografía. Novorin y el desconocido estaban conversando. Lo mismo la otra. Y la otra. En la siguiente, Novorin estaba en pie, despidiéndose con un gesto; el otro también estaba en pie. En la siguiente, Novorin estaba entrando en el bar, y el desconocido se alejaba de la mesa, hacia el exterior de la terraza; en ésta podía verse muy bien su rostro fuerte, macizo, de cejas espesas…

—Insisto en que es ruso —dijo Simón.

Sin replicar, Nora pasó otra fotografía. En ella aparecía la fachada de una casa vieja, en cuyo dintel se veía el número 26, grande, un poco borroso.

—¿El desconocido fue aquí?

—Sí.

—¿Cómo pudo seguirlo usted, sin perder de vista a Claude Novorine?

—Perdí de vista a Novorine durante unos minutos para seguir a este otro. Fotografié la casa y volví a Il Corso. Novorin estaba todavía dentro del bar, hablando con unas cuantas personas y bebiendo algo. Parecían amigos personales. No pude obtener fotografías: habría sido muy comprometido.

—Yo diría —intervino Carawan— que el hombre de las otras fotografías sabía que Novorin iría a ese bar y lo estaba esperando. ¿A qué calle corresponde esta casa?

—Rué Duvier. Según el listín, no tiene teléfono. Lo que no me gusta es eso de que el desconocido estaba esperando a Novorin en un bar, al que, según parece, tiene cierta costumbre de ir… Hay medios mejores para hacer contacto.

—A menos —musitó Brigitte— que se trate de una emergencia y que al no poder localizar a Novorin, el desconocido fuese al bar con la esperanza de verlo allí, lo cual implica que conoce bien sus movimientos. Usted conoce Ajaccio mejor que nosotros —se volvió Baby hacia Jason Carawan—, sería conveniente que se encargase de saber quién vive en el 26 de rué Duvier. Con exquisito cuidado, naturalmente.

—Desde luego. Bueno, pero si yo voy a hacer eso, tendré que alejarme de usted y…

—Simón, acepte de una vez que no tiene que preocuparse por

mí. Le aseguro que no soy una niña indefensa. Vaya a hacer su parte y llámeme cuando sepa algo concreto. Sin prisas. ¿Está claro?

Jason Carawan murmuró algo y salió del coche, regresando al suyo. Nora pasó las fotografías al revés y se quedó mirando una en la que el desconocido tendía un papel a Novorin, que lo tomaba con la mano derecha. Un papel alargado, brillante.

—¿Pudo ver lo que era esto?

—No. Pero lo evidente es que este hombre le entrega algo a Novorin… ¿Cree que podemos estar equivocándonos, Baby?

—Todo es posible. Yo voy a volver al hotel ahora mismo. Supongo que no necesito decirle lo que ha de hacer usted.

—No, no —negó Simón.

—No le gusta, ¿verdad?

—No.

—Pues tiene que hacerlo.

Se quedaron mirándose unos segundos, fijamente. Por fin, Simón asintió, con expresión mortificada; rehízo el paquete, con las fotografías dentro y salió del coche. Inmediatamente, Nora Tisdale lo puso en marcha y emprendió el regreso al hotel Beausoleil.

El inevitable Guido Malpasi estaba en el vestíbulo, evidentemente esperándola, pues la vio en cuanto apareció por la puerta. Dejó a un lado el periódico y acudió a su encuentro, con expresión inquieta.

—Estaba preocupado por usted —exclamó—. ¡Son casi las nueve de la noche!

—Lo siento, señor Malpasi; me he entretenido demasiado, en efecto. ¿Ha cenado usted ya?

—¡Claro que no! Por un lado, estaba preocupado y por otro, no quería privarme del placer de hacerlo en su compañía.

—Lo siento de veras. ¿Le parecería demasiado informal por mi parte que no me cambiase de ropa para cenar?

—De ninguna manera —sonrió Malpasi—. Una mujer como usted está adecuada en todo momento. Además, éste no es precisamente el Grand Hotel de París. Y a propósito: el señor Novorine la estaba buscando, me parece.

—¿A mí? —se sorprendió Brigitte—. ¿Para qué?

—No tengo ni idea. Pero —Malpasi frunció simpáticamente el ceño—, si yo tuviese la edad y la fachada del señor Novorine,

también la buscaría.

—¡A eso se le llama malicia, Guido! —rió la rubia señorita Tisdale.

—En efecto, suele ser el peor defecto de los ancianos.

Riendo, fueron al comedor. Ya no había nadie allí. Uno de los camareros se acercó rápidamente y Nora Tisdale se apresuró a decirle:

—Si es demasiado tarde, aceptaremos quedarnos sin cenar.

—Por supuesto que no —se sobresaltó el camarero, que debía tener muy concretas instrucciones respecto a la bella cliente del hotel—. Estamos a su disposición a cualquier hora, señorita Tisdale.

—Muy amable.

El camarero les llevó a una mesa. Nora rechazó la carta de platos, dejando a su gusto la elección de la cena, convencida de que no tendría que arrepentirse de ello.

Poco después, ya cenando, riendo ella y Malpasi, apareció Claude Novorine en la puerta del comedor, y se quedó mirándola, vacilante. Nora le sonrió, haciendo un gesto de llamada con la mano. El ruso-francés se acercó, no muy convencido, pero mostrando una sonrisa cortés.

—Espero que esté disfrutando de la cena, señorita Tisdale.

—Mucho. Me parece que de aquí en adelante me las voy a arreglar para hacer una reclamación en todos los hoteles, apenas me instale; al parecer, da muy buenos resultados.

Novorine se echó a reír, mirando un instante, de reojo, al sonriente Malpasi, que parecía divertido. Maliciosamente divertido, sin duda alguna.

—En el Beausoleil los clientes son siempre bien atendidos. ¿No es cierto, señor Malpasi?

—Pues sí —parpadeó el italiano—. En las dos semanas que llevo aquí, me he convencido de ello, desde luego. Pero yo también tengo algo que reclamar, señor Novorine.

—¿De veras? —Pareció alarmarse Claude—. ¿De qué se trata?

—Hasta ahora, nunca había tenido flores en la mesa a las horas de las comidas.

Se echaron a reír los tres hasta que Nora preguntó:

—¿Me buscaba usted, señor Novorine?

—No… No, no… Bueno, simplemente, noté su ausencia y me

interesé, eso es todo.

—Ah —Nora miró a Malpasi, y le vio fruncir ligeramente el ceño —. He estado en el centro, dando un paseo. Ajaccio es una ciudad… peculiar.

—Yo también he estado en el centro, haciendo unas gestiones. Es una lástima que no nos hayamos encontrado. Bien, no les molesto más.

—No nos está molestando —protestó Nora.

—Es usted muy amable. Hasta luego.

Novorine se alejó, tras efectuar una inclinación de cabeza. Guido Malpasi refunfuñó:

—Le aseguro que la estaba buscando con gran interés.

—Quizá también estaba preocupado, como usted. Estábamos hablando de la postura del Vaticano, Guido. Es decir, usted hacía un comentario.

—Ah, sí. Bien, a mi juicio, el Vaticano…

Eran casi las diez de la noche cuando Nora Tisdale entraba en su habitación, rápidamente. Cerró la puerta, colocó el maletín sobre la cama, lo abrió y sacó la radio. Hizo un gesto de contrariedad y volvió a dejarla, puesto que había dejado de vibrar. Durante unos segundos, estuvo vacilando entre llamar ella o no. Decidió no hacerlo… Y fue una decisión muy oportuna, porque en aquel momento sonó la llamada a la puerta.

Cerró el maletín y, tras dejarlo sobre una butaquita, fue a abrir. Se quedó mirando con bien logrado asombro a su visitante.

—Señor Novorine…

—Espero no molestar —murmuró Claude.

—No, no… Pase —Claude vaciló y ella se echó a reír—. ¡Vamos, pase, no sea infantil!

Novorine entró y se quedó mirándola atentamente. Nora cerró la puerta y le miró, a su vez, con expresión interrogante.

—La verdad es que sí la estaba buscando antes —murmuró el ruso-francés—. Y al parecer, no fui lo bastante discreto para que no se notase.

—Seguramente sí fue discreto. Pero Guido es un hombre algo mayor, y debemos admitir que a su edad se ha adquirido ya una cierta perspicacia… ¿Para qué me buscaba?

—Pues… Bien… Le aseguro que no es norma en mí hacer esto,

ni mucho menos. En realidad, será la primera vez.

—¿Qué piensa hacer? ¿Estrangularme?

Claude Novorine respingó. Luego, comprendiendo la broma, se echó a reír, visiblemente nervioso.

—Solamente quería invitarla a dar un paseo en mi yate. Bueno, yo lo llamo yate, pero es más bien una embarcación modesta.

—¿Quiere que vayamos a dar un paseo en yate ahora? —Se pasmó Nora Tisdale.

—No, no —se turbó Claude—. Había pensado que podríamos hacerlo mañana. Bueno, ésa era mi invitación. Quiero decir que no tengo por qué esperar que usted acepte. Sin duda tiene…

—No tengo nada mejor que hacer que pasarlo bien —murmuró dulcemente Nora—. Y su oferta me parece muy agradable, Claude.

—¿Sí? —Claude Novorine sonrió abiertamente, con una sincera alegría, casi ingenua, que dejó atónita a la espía más peligrosa del mundo—. ¡Estupendo! Me ocuparé de todo. ¿A qué hora le parece que salgamos?

—No sé… ¿A las nueve está bien?

—Si está bien para usted, está bien para mí. Gracias, señorita Tisdale… Mmm… Bueno, no quiero parecerle egoísta, pero…

—No se preocupe —rió la divina—. ¡Me las arreglaré para dejar en tierra a Guido!

—Gracias. Y hasta mañana.

—Buenas noches, Claude.

La puerta se cerró a espaldas de Claude Novorine. Y Nora Tisdale quedó pensativa. ¿Un paseo en yate? Bien, una cosa era segura: habría mucha gente que los vería zarpar, de modo que Claude Novorine no podía ser tan estúpido de haber tramado aquello para regresar solo, sin la señorita Tisdale. Era absurdo. Simplemente, el ruso-francés deseaba su compañía. Pura y simplemente. Lo cual, considerando las peculiares características de aquel asunto, no sorprendió demasiado a Nora, en definitiva…

Estaba mirando el armario. Y de pronto, se acercó a él, y examinó la posición de la manilla de la puerta de la derecha: estaba cerrada completamente, correctamente colocada… Es decir, no estaba como ella la había dejado, a medio cerrar.

Abrió el armario y en el acto se dio cuenta de que sus ropas habían sido removidas. Tampoco la maleta estaba como ella la

había dejado. Ni los zapatos… Sacó la maleta, la puso sobre la cama y la abrió. Su mirada fue inmediatamente hacia una de las esquinas del fondo, luego a otra, a otra… En ésta, en la tercera, vio la esquina ligeramente levantada.

Se irguió vivamente. Alguien había estado allí, y había registrado la habitación, había examinado sus pertenencias, había buscado un doble fondo en la maleta. ¿Claude Novorine? Sin duda alguna, era el que con más comodidad podía entrar en cualquier habitación del hotel, pero esto podía estar referido a personas corrientes. Hay, en cambio, otra clase de personas para quienes una puerta cerrada no significa nada. Nada en absoluto.

Con el fino instinto adquirido a lo largo de tantos años de espionaje, Baby tomó una decisión, de la que no tuvo que arrepentirse: se dedicó a buscar de nuevo en su dormitorio, hasta encontrar el diminuto micrófono colocado tras uno de los cuadritos que representaban paisajes corsos. Se quedó mirándolo fijamente, dura la expresión. Era de fabricación rusa.

Colocó bien el cuadro, sin tocar el micrófono, y fue a sentarse en el borde de la cama. La maniobra parecía inteligente; la habían dejado instalarse en la habitación limpia de vigilancia, sin duda sabiendo que ella buscaría micrófonos; luego, cuando ya ella debía haber registrado la habitación, habían esperado el momento oportuno para colocar el micrófono. Y quizá habían más.

¿Claude Novorine? Sí, quizá había sido él, y lo de la invitación a dar un paseo en yate, aparte de que podía ser verdadera, era una prueba para asegurarse de que lo que se hablase en aquella habitación era escuchado y grabado. ¿Claude Novorine? Si era así, tanto Simón-Avioneta como ella estaban equivocados, estaban enfocando mal el asunto…

Su mirada, fija en el maletín, expresó alarma, de pronto. Lo cogió y fue al cuarto de baño, cerrando la puerta. Lo primero que hizo fue asegurarse de que allí no habían micrófonos. Después, sacó la radio y la dejó sobre el blanco taburete Ella se sentó en el borde de la bañera y se dispuso a esperar.

La llamada se produjo seis o siete minutos más tarde. El suave «bip-bip-bip» comenzó a sonar, y en el acto, Baby abrió el grifo de la ducha. Se apartó de la bañera y admitió la llamada, con un susurro:

—¿Sí?

—La he estado llamando… ¿Está bien? —Oyó la voz de Jason Carawan.

—Sí, estoy bien —susurró Baby—. Simón, me hallo en el cuarto de baño, con la ducha abierta; han colocado micrófonos en mi habitación.

Pese al rumor del agua cayendo, oyó la exclamación de Carawan y enseguida su voz, tensa, contenida:

—¡Avise a nuestro compañero! ¡Novorine debe haberse dado cuenta de algo y…!

—Tranquilícese —continuó susurrando Nora—. Y hable en susurros, Simón. ¿Para qué me ha estado llamando?

—El tipo de la fotografía salió hace rato de la casa número veintiséis de rué Duvier. Le acompañaba otro. Ambos subieron a un coche y, naturalmente, les estoy siguiendo. En estos momentos estamos ya cerca de Tiuccia, en las curvas… Bueno, no sé si usted conoce bien la isla.

—Tengo un mapa, espere un momento. —Baby sacó el mapa del maletín y lo desplegó encima de éste—. Sí, aquí está. Tiuccia está en la costa, hacia el Norte por la carretera nacional 199. ¿Es esto?

—Sí. Es un lugar muy molesto para conducir de noche. Yo diría que incluso peligroso: curvas, precipicios, firme no muy bueno. Estamos viajando despacio. Seguramente, han visto mis luces, pero no les extrañará que permanezca detrás de ellos: no es lugar adecuado para hacer adelantamientos, en general.

—De acuerdo. Pero sea precavido, Simón.

—No se preocupe por mí. ¿Qué hago cuando lleguen a su destino?

—Nada. Todo lo que tiene que hacer usted es controlarlos. Y, naturalmente, quiero saber adónde van, y si es posible, qué hacen o a quién ven.

—Claro. Bueno, cuente con ello. En cuanto a eso de los micrófonos…

—Hagamos cada uno nuestro trabajo, Simón, así que deje de mi cuenta esa parte. ¿Sabe si quedó alguien más en el 26 de rué Duvier?

—Me parece que no. Todas las luces quedaron apagadas. ¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad. Si ocurre algo nuevo, llámeme a cualquier hora, menos de dos a cinco de la madrugada.

—Sí. ¿De dos a cinco? ¿Qué ocurrirá en esas tres horas para que no…?

—Ya se lo he dicho: haré mi parte. Adiós, Simón.

Cerró la radio, la guardó y se dedicó a estudiar el mapa de Córcega durante unos minutos, muy pensativa. Finalmente, lo plegó, lo guardó también y tras cerrar el maletín, cerró también el grifo de la ducha. Salió del cuarto de baño, hizo un gesto de disgusto por el pequeño error cometido y abrió de nuevo el maletín, sacando la radio, que dejó sobre la mesita de noche.

Luego, se tendió en la cama y quince segundos después, Baby Montfort dormía apaciblemente…, al parecer.

# Capítulo IV

A las dos menos cuarto, simplemente, abrió los ojos y se sentó en la cama. Dirigió una mirada hacia el cuadro tras el cual estaba el micrófono y sonrió secamente. Guardó la radio de nuevo en el maletín, y con éste y los zapatos en una mano, fue hacia la puerta, que abrió silenciosamente. Salió al pasillo y cerró no menos silenciosamente la puerta. Pero sin llave. ¿Para qué? Estaba demostrado que si alguien quería entrar, podía hacerlo sin dificultad alguna.

Siempre descalza, recorrió el solitario pasillo discretamente iluminado. El silencio era absoluto.

Bajó a pie, tan silenciosa como si sus descalzos pies ni siquiera tocasen el suelo. Al llegar abajo, vio todo el vestíbulo, igualmente solitario. Tras el mostrador de recepción, estaba el conserje de noche, sentado en su alto taburete, con un periódico abierto en las manos y encarado hacia la puerta principal del hotel.

La espía movió sólo la cabeza para mirar hacia el pasillo que iba hacia atrás por su derecha, junto a la escalera. Bajó el último peldaño, tras mirar de nuevo al conserje, que en aquel momento pasaba una hoja del periódico; ese simple ruido pareció terrible en el silencio…

Segundos después, Baby se deslizaba por el pasillo y no tardó en ver la puerta en la que destacaba el cartelito de «Privé». ¡Qué silencio!

Las ganzúas que sacó del maletín tintinearon ligeramente, pero a Baby le pareció poco menos que el tañido de unas campanas. Tras una experta mirada al pomo de la puerta, eligió una de las ganzúas, y la introdujo en la estrecha rendija de la cerradura. Por lo general, las cerraduras que funcionaban con llavín eran más difíciles de forzar que las que funcionaban con llave… Pero eso era cuando no se tenía práctica; a Baby le costó diecisiete segundos solamente

abrir aquella puerta.

La empujó, entró rápidamente y cerró. El pestillo hizo un leve chasquido y la espía quedó inmóvil durante un par de minutos, con el oído tendido hacia el pasillo…, mientras sus ojos se movían de un lado a otro, examinando el despacho. Estaba a oscuras, ciertamente, pero por la ventana que había frente a la puerta y que daba al pequeño jardín lateral del edificio, llegaba el resplandor de la iluminación exterior del hotel. Había acertado, desde luego: estaba en el despacho de Claude Novorine.

Una amplia mesa, dos sillones, un diván adosado a la pared bajo una librería colgante, un pequeño mueble-bar, cuadros, un fichero metálico, una mesita con una máquina de escribir… Los ojos de gata de Baby Montfort se acomodaban rápidamente a la difusa iluminación que penetraba por la ventana.

El silencio era terrible, hasta el punto de que oía el latir de su corazón.

Se acercó a la mesa y dejó sobre ésta los zapatos y el maletín. Luego, se dedicó a buscar la inevitable caja fuerte que debía haber en el despacho. Tardó más de lo que esperaba, pues no estaba detrás de un cuadro, sino disimulada en un bloque de litros, cuyos lomos ocultaban la puerta. Apartó la cubierta, que parecían varios libros juntos, y la puerta verdadera, metálica, quedó al descubierto.

Baby se puso de pie sobre el diván y tocó cuidadosamente el disco de la combinación… ¿Y si hubiese alarma? No era nada descabellado por dos motivos: Uno, el simple hecho de precaverse contra ladrones vulgares; dos, que si Novorin no era un simple hotelero, podía tener allí, en aquella caja, cosas sobre cuya seguridad no podía permitirse correr ningún riesgo.

En cambio, ella tenía que correr un riesgo. O eso, a desistir de intentar abrir aquella caja. Sólo que, para renunciar en aquel momento, más le habría valido quedarse en la cama.

Comenzó a trabajar, tras aplicar tina orejita al frío metal de la sólida puerta.

Quince minutos más tarde, Baby estaba sudando copiosamente. Notaba el sudor deslizándose por su rostro, por el cuello y entre los senos. Y comenzaba a sentirse algo mareada, pues se pasaba la mayor parte del tiempo conteniendo la respiración para poder escuchar mejor los movimientos de los mecanismos del cierre.

Cuando abrió la puerta, eran las dos y treinta y nueve minutos de la madrugada, y el sudor había dejado ya de preocuparla o molestarla.

No sonó alarma alguna. No sucedió nada.

Conteniendo un suspiro, Nora Tisdale saltó del diván y fue adonde había dejado el maletín, del cual sacó su pequeña linterna-bolígrafo. La encendió para comprobar su funcionamiento. Paseó el delgadísimo haz de luz por encima de la mesa, iluminando papeles, cigarrillos, una caja de cigarros, el teléfono… El pequeño círculo de luz reflejó un intenso brillo al pasar sobre algo. La luz volvió allí, se detuvo. La mano de Baby apareció y tomó aquella cosa que reflejaba de modo especial la luz: papel satinado. Un folleto de una agencia de viajes, anunciando las excelencias de París durante diez días, con fin de semana incluido en Londres, ida y vuelta en avión.

La fotografía en la que Claude Novorin tomaba un papel de manos del hombre que le había esperado en el bar Il Corso pareció iluminarse en la mente de Baby. ¿Era aquello lo que el desconocido le había entregado a Novorin?

Pese a que la caja estaba abierta, esperando, Baby dedicó no menos de cinco minutos a examinar el folleto con toda atención, incluso a trasluz de su diminuta linterna. No habían orificios ni señal alguna, ni subrayados. No había nada especial en aquel folleto.

Tras vacilar, lo dejó como lo había encontrado, y se acercó de nuevo a la caja, a cuyo interior lanzó el delgado rayo de luz…

Y lo primero que vio, brillando hacia el fondo, fue la pistola. Estuvo inmóvil tres o cuatro segundos, mirándola. Luego, se colocó la linterna entre los dientes, de modo que la luz se mantenía hacia el interior de la caja y podía disponer de ambas manos. Sacó la pistola, cuidadosamente. No necesitaba tanto para identificarla, cosa que había hecho apenas verla; era una «Beretta» 7.65. Sacó el cargador y palideció al ver que faltaba una sola bala.

Faltaba una bala.

Una bala cuyo destino había sido el corazón de Edward Parker, Simón-Ajaccio.

Lentamente, Baby volvió a dejar la pistola en su sitio, y todavía sosteniendo la linterna entre los dientes, se dedicó a examinar el resto del contenido de la caja: dinero, facturas del hotel, los

documentos que acreditaban la propiedad de Claude Novorine sobre el inmueble, permiso oficial de hostelería, algunas acciones, pasaporte… Sí, el pasaporte era auténtico, a nombre de Claude Novorine, ciudadano francés, pero nacido en Bobrujsk, Bielorrusia, el catorce de noviembre de mil novecientos treinta y seis…

La pistola.

Baby lo desdeñó todo para mirar de nuevo la pistola.

Entonces… ¿Claude Novorine no era un chivo expiatorio?

Cerró la caja, colocó la cubierta de libros en su sitio, bajó del diván y regresó junto a la cama. Colocó bien las ganzúas y la linterna-bolígrafo en el maletín, cerró éste y se dirigió hacia la ventana. La abrió, despacio. Saltó al exterior, la cerró y se alejó hacia el estacionamiento, siempre descalza. Sólo cuando estuvo cerca de su coche alquilado se puso los zapatos. Entró en el coche, soltó el freno y se apeó para empujarlo silenciosamente hacia la salida del estacionamiento. Luego entró de nuevo, puso en marcha el motor y miró hacia el hotel. Nada. Todo seguía en calma, nadie se estaba dando cuenta de nada.

Eran las tres menos cinco de la madrugada cuando la señorita Tisdale se alejaba del hotel Beausoleil, pisando el acelerador de modo que sólo las gotas de combustible necesario para mantener la marcha silenciosa fuesen administradas.

Para nadie es infalible.

Si Brigitte Montfort, alias *Baby*, hubiese sido infalible, habría visto, quizá, a Guido Malpasi, de pie tras una de las grandes macetas de su terraza, mirando alejarse el coche de la espía norteamericana. Y quizá habría sospechado lo que Malpasi hizo a continuación: entró en su habitación, recurrió a una radio de bolsillo y apretó el botón de llamada.

—¿Qué hay? —Sonó una voz de hombre, metalizada.

—Ella acaba de abandonar el hotel en el coche. Ha estado en el despacho de Novorin, sin duda alguna.

—Bien. En ese caso, vamos a dormir un rato.

Guido Malpasi cerró la radio.

Mientras tanto, la falible Baby rodaba hacia el centro de Ajaccio. No había más coche que el de ella circulando, y eso que en principio era ventajoso, se convirtió de pronto en inconveniente: no tenía a nadie a quien preguntar dónde estaba la rué Duvier. Y otro

fallo más, no se había procurado en esta ocasión un plano de la ciudad.

Por lo tanto, tuvo que deducir la ubicación de tal calle. Si Simón-Avioneta había tenido tiempo de seguir al desconocido y regresar al bar Il Corso antes de que Novorine lo abandonase, quería decir que rué Duvier no estaba lejos de aquel bar. Lo primero que hizo, pues, fue localizar Il Corso, en Cours Napoleón. De allí, partió en dirección adonde le pareció que estaban las casas viejas, como la que había visto en la fotografía. Esto es, en dirección a la Citadelle. Pasó por delante de la catedral de Notre-Dame dos veces, comprendió que estaba dando vueltas y regresó en dirección Norte…

A las cuatro menos diez de la madrugada, Baby Montfort localizaba la rué Duvier. Localizar el número 26 ya no tuvo la menor dificultad. Llegó frente a la casa a pie, tras dejar el coche a un centenar de metros. Durante un par de minutos estuvo observándola, desde un portal de enfrente.

Finalmente, del maletín sacó el juego de ganzúas y cruzó la calle.

Abrir aquella puerta fue infinitamente fácil, comparado con la apertura de la caja fuerte de Claude Novorine. La cerradura chirrió un poco, pero cedió con facilidad. Empujó, entró y cerró tras ella.

Oscuridad. Silencio absoluto.

Poco después, la linterna-bolígrafo de Baby entraba de nuevo en funciones.

La casa tenía dos pisos. En el de abajo, estaba la cocina, un amplio comedor-salón, un baño, el vestíbulo. Arriba, cuatro dormitorios y otro cuarto de baño. Registrarlo todo habría sido una tarea tan ingrata, y, sobre todo, tan dilatada, que Baby movió negativamente la cabeza. Bajó al comedor-salón y fue dirigiendo el haz de luz alrededor… Era una casa vieja, pero bastante bien conservada. Por los indicios que había visto, había dos personas ocupándola, en aquellos momentos. En la cocina, por ejemplo, había visto en la pileta cubiertos utilizados por dos personas… El desconocido que había llamado a Claude Novorine en Il Corso, y otro hombre, que había estado allí esperándole. Habían cenado, y luego se habían ido con el coche hacia Tiuccia.

Seguramente, la señorita Tisdale se habría marchado de aquella

casa en aquel mismo momento, si de pronto no hubiese visto sobre un sillón algo que relució al recibir la luz. Se acercó, y se quedó mirando el folleto de viajes, colocando ahora la luz de modo que no se reflejase.

Ni siquiera lo tocó, de momento. Era idéntico al que el ruso-francés Novorine tenía sobre la mesa de su despacho. ¿Qué significado podían tener aquel par de folletos de viaje? Lo tomó, se sentó en el sillón y se dedicó a examinarlo detenidamente, poniéndolo también al trasluz… Acabó moviendo la cabeza. No veía nada de extraordinario en el folleto, salvo lo sugestivo de pasar diez días de viaje nada menos que en París, con fin de semana incluido en Londres.

Bueno, al menos tenía ya la seguridad de que el folleto que había visto en el despacho de Novorine era el papel que el desconocido había entregado al ruso-francés en la terraza de Il Corso.

Nora Tisdale permaneció no menos de diez minutos inmóvil en el sillón, tras apagar la linterna-bolígrafo. En completa oscuridad, en completo silencio, pensando… Por fin, se puso en pie, dejó el folleto donde lo había encontrado y volvió a encender la linterna, para iluminarse en el camino de regreso a la puerta de la casa.

Abrió, dio un paso hacia fuera… y respingó inconteniblemente cuando un hombre apareció por cada lado. Uno de ellos le hundió la pistola en las costillas y el otro puso la punía del silenciador bajo la barbilla de Baby, presionando en la garganta. El maletín le fue arrebatado rápidamente.

—Pase adentro —dijo el de la derecha.

Baby suspiró profundamente y dio la vuelta, muy despacio. Una mano la asió por los cabellos, rudamente, para empujarla y tenerla sujeta al mismo tiempo. Tan rudamente, que la peluca rubia se desprendió. Oyó la exclamación de sorpresa del hombre, y quiso aprovechar el evidente desconcierto de éste, y seguramente, el de su compañero.

Se volvió al mismo tiempo que lanzaba con fuerza hacia atrás su codo derecho.

En efecto, acertó con el golpe. El hombre que sostenía la peluca recibió el codazo en el plexo solar, emitió un gemido, y retrocedió un par de pasos, soltando la peluca y cayendo de rodillas. Pero al

mismo tiempo, Nora Tisdale recibía en pleno estómago el golpe aplicado por el otro con la pistola de punta, utilizándola como una lanza.

El rostro de la espía se demudó; le pareció que su rostro quedaba separado por facciones, al tiempo que una sensación de frío las congelaba. Entonces recibió el puñetazo, con la izquierda, en el seno derecho, y salió despedida hacia atrás, hacia el interior de la casa, donde cayó primero sentada y después de espaldas.

La puerta se cerró, la luz se encendió. Baby se sentó en el suelo y miró a los dos hombres que la contemplaban hoscamente, uno de ellos lívido. Mientras estiraba los párpados para aclarar la visión, oyó la voz de uno de ellos, de nuevo en francés:

—Vigílala bien esta vez. Voy a recoger ese portafolios, y la peluca.

El que la había golpeado salió; apenas estuvo fuera tres o cuatro segundos. Cuando volvió a cerrar la puerta, llevaba en una mano el maletín y la peluca, y en la otra, por supuesto, la pistola.

—Es una chica lista y valiente, según parece —sonrió de un modo siniestro.

Los golpes recibidos habían provocado lágrimas en los ojos de Nora Tisdale, y una de las lentillas de contacto se había desplazado, molestándole mucho. Se la quitó, hizo lo mismo con la otra y pudo ver bien a los dos hombres, que la contemplaban con ya contenida sorpresa. Uno de ellos, ciertamente, era el que se había entrevistado con Novorine en el bar II Corso. Y ante ellos, bajo su verdadero aspecto, tenían nada menos que a Brigitte Montfort, alias *Baby*.

—También es sorprendente y hermosa —dijo el otro—. Pero yo no la había visto antes en la casa. ¿Y tú?

—Tampoco.

—Entonces… ¿qué hace aquí? ¿Quién es?

—Ya verás como ella misma nos lo dice —el que hablaba señaló hacia el interior de la casa—. Camine. Hacia el comedor… Ya sabe dónde está, ¿verdad?

Segundos después, Brigitte estaba sentada en un sillón, ahora a plena luz, que uno de los sujetos había encendido. Fue éste mismo quien miró su reloj y dijo:

—Las cuatro y veinte de la madrugada. Yo diría que éstas no son horas de visita, así que quizá haya venido a robar. ¿Es eso?

—Sí —musitó Brigitte.

Los dos hombres sonrieron secamente. El que se había hecho cargo del maletín y de la peluca fue a sentarse en el sillón sobre el cual estaba el folleto. Se sentó encima de éste, sin darle la menor importancia, al parecer. Examinó un instante la peluca, con divertida curiosidad. Luego, abrió el maletín… Lo primero que sacó de éste fue la pequeña pistola de cachas de madreperla, que también pareció divertirle. Luego, fue contemplando las demás cosas, cada vez más desconcertado: una pequeña cámara fotográfica, gemelos de teatro, cepillo para el cabello, un pequeño y ligerísimo trípode de patas de aluminio, para la cámara fotográfica, una radio a transistores, cigarrillos, peines, secador de cabello a pilas, perfumes y cosméticos…

Definitivamente sorprendido, el hombre miró a Brigitte.

—¿Siempre lleva consigo todo esto cuando va a robar?

—Sí.

—¿Para qué? Es una idiotez.

Brigitte miró de uno a otro, inexpresivamente. Todavía le dolía el vientre, y, sobre todo, el seno derecho; pero, aquellos golpes que habrían dejado transida a cualquier otra mujer durante mucho tiempo, a ella, simplemente, le causaban dolor; un dolor que no implicaba anulación de sus facultades físicas. Podía entrar en acción en cualquier momento.

—¿No contesta? —insistió el hombre.

—Si a usted le parece una idiotez, ¿qué quiere que conteste yo? —murmuró la espía.

—Díganos quién es usted, cómo ha entrado aquí, y qué es lo que ha venido a buscar.

—Me llamo Nanette, he entrado utilizando una ganzúa, y he venido a buscar dinero.

Los dos hombres cambiaron una mirada, mientras Brigitte los observaba con creciente interés. El que tenía el maletín sobre sus rodillas, volvió a mirar el contenido, lo revolvió con un dedo, con ademán impertinente, y, de pronto, lo cerró y se puso en pie. Se acercó al otro, le cuchicheó unas palabras al oído, y se dirigió hacia la puerta, desapareciendo.

El que quedaba en el comedor se sentó en el sillón, sin perder de vista a Brigitte, apuntándola con la pistola.

—Conque Nanette, ¿eh? —sonrió irónicamente.

—Sí: Nanette.

—Y es una ladronzuela.

—Sí.

—Bueno… Me pregunto qué vamos a hacer con usted, Nanette. ¿Ha encontrado dinero en la casa?

—No. Solamente un folleto de viajes…, sobre el cual está usted sentado ahora.

El hombre alzó las cejas, se colocó de lado y metió una mano bajo sus posaderas, retirando el folleto. Lo miró, miró a Brigitte, de nuevo el folleto, otra vez a Brigitte…

—¿Le interesan los viajes? —preguntó.

—No demasiado. Pero según parece, a ustedes sí. Y también a Claude Novorine.

El hombre parpadeó vivamente… De pronto, miró hacia la puerta, y Brigitte hizo lo mismo.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de reaccionar.

Plop, disparó Jason Carawan, desde el umbral.

El hombre del sillón lanzó un alarido, pareció recibir una descarga eléctrica, y acto seguido, puesto que lo único que había recibido fue una bala en pleno corazón, quedó sentado, inmóvil, con la cabeza ladeada, los ojos desorbitados… El folleto escapó de sus dedos súbitamente inertes, y revoloteó hasta el suelo, cerca de la pistola.

—Espere aquí —dijo con voz tensa Jason Carawan.

Desapareció inmediatamente, sin dar tiempo a Brigitte a decir nada. La espía se acercó al hombre del sillón, recogió la pistola, y lo miró. Movió la cabeza con un gesto de pesar, y deslizó una mano bajo la chaqueta, en busca de la billetera. En ésta había documentación a nombre de André Richard, francés…

Se volvió al oír el ruido, apuntando hacia la puerta. Pero bajó el arma enseguida: Jason Carawan regresaba, arrastrando al otro hombre por un pie. Un arrastre trágico: la cabeza del hombre rebotaba de un lado a otro blandamente, y en el pecho se vela una mancha de sangre. Brigitte no se molestó en preguntar si estaba muerto, ya que era evidente.

Carawan soltó al hombre, y la miró, tenso.

—¿Está usted bien? —susurró.

—Sí.

Se acercó al otro cadáver, y requisó también su billetera: Eugéne Gerard. Francés, por supuesto.

—Sería mejor que nos fuésemos de aquí inmediatamente —propuso Carawan.

Brigitte Montfort asintió. Recogió del suelo el folleto de viajes, y fue hacia la puerta. Junto a la de la casa, vio, en el suelo, su maletín y la peluca. Recogió ambas cosas, mientras Jason Carawan abría. Salieron ambos, y Brigitte señaló hacia donde había dejado su coche.

Faltaban un par de minutos para las cuatro y media de la madrugada.

# Capítulo V

Apenas entrar en el coche, Brigitte sacó la radio del maletín, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz de Simón-Avioneta.

—Simón, supongo que continúa usted vigilando el hotel durante mi ausencia —murmuró Brigitte.

—Sí, claro. Todo está en calma. ¿Cómo le va a usted?

—Bien. Simón-Niza está conmigo… Han ocurrido cosas que quiero que usted escuche, así que no cierre la radio. Sin comentarios.

—*Okay*.

Baby miró a Carawan.

—En beneficio de Simón, que nos está escuchando, aclararé un poco las cosas: mientras usted seguía a los dos hombres de la casa 26 de rué Duvier, yo he venido a ésta, y, al salir, me han sorprendido ellos. ¿Usted presenció eso?

—Así es —asintió Carawan—. No les he perdido de vista ni un momento, ni siquiera durante el regreso Cuando ellos se disponían a entrar en la casa, vi que quedaban inmóviles; en lugar de entrar, se quedaron esperando, uno a cada lado. Comprendí que debían tener alguna señal en la puerta por si alguien la abría durante su ausencia. Y después de lo que hablamos usted y yo, pensé que quizá era usted quien estaba dentro de la casa. Era arriesgado para usted llamarla por radio para prevenirla, así que esperé también. Los vi golpearla y empujarla dentro de la casa. Esperé un poco, y me acerqué. Cuando me disponía a abrir la puerta con un alambre, oí girar la cerradura… Saqué la pistola, y en cuanto apareció el hombre, le disparé. Lo dejé tendido allí mismo, pues no había nadie que pudiese verlo, y entré en la casa. Les oí hablar en el comedor, así que fui allá y maté al otro.

—Quizá no debió matar a ninguno de los dos, Simón —musitó

Baby.

—¿Está bromeando? ¡Esos dos tipos…!

—Ya sé que yo estaba en situación un poco apurada, pero seguramente habría salido de ella, considerando que sólo me vigilaba un hombre. Al parecer, usted no se ha enterado de que Baby ha pasado por situaciones mucho peores que ésta.

—Bueno… Quizá tenga razón, pero… Demonios, no quise correr el menor riesgo en ese sentido. Lo siento.

—Está bien, Simón. Pero nos hemos quedado sin saber adónde iba con mi maletín el que salía de la casa, y sin poder interrogar tampoco al que se quedó conmigo.

—Lo siento —farfulló de nuevo Carawan.

—Esos dos hombres se llamaban André Richard y Eugéne Gerard. Es decir, ésos eran los nombres en los documentos franceses que llevaban encima. ¿Le suenan los nombres?

—No.

—¿Y a usted, Simón?

—No —sonó la voz de Simón-Avioneta en la radio—. Tampoco los he oído antes, Baby.

—Uno de ellos, André Richard, era el que se entrevistó con Claude Novorine en el bar II Corso Y en efecto, le entregó un papel. Un folleto de viajes: diez días, ocho en París y un fin de semana en Londres. ¿Les sugiere algo eso?

Carawan negó con la cabeza, mientras en la radio sonaba la respuesta negativa de Simón-Avioneta.

—Bien… Por mi parte, estuve en el despacho de Claude Novorine, y vi otro folleto como el que había en la casa de esos dos desdichados. Y además, dentro de la caja fuerte de Novorine, encontré una «Beretta» 7.65 en cuyo cargador faltaba una bala.

Por la radio se había oído la exclamación de Simón, mientras Jason Carawan también exclamaba:

—¡Se lo dije! ¡Tenía que ser él! Pudo finalmente engañar a Parker, pero la verdad es la que éste sospechó desde el principio: ¡Novorine está trabajando para los rusos! ¡Maldito puerco! ¡Esa pistola demuestra bien claramente que fue él quien mató a Ed!

—Sí —admitió Baby—. No tenemos más remedio que aceptar las evidencias.

—Está bien —jadeó Carawan—: ¡vamos ahora mismo a liquidar

a ese…!

—Calma, Simón. Antes de tomar decisiones, quisiera saber hasta dónde ha seguido usted a Richard y Gerard, y qué han hecho, o a quién han visto. ¿Qué puede decirme al respecto?

—No llegaron a Tiuccia… Se desviaron hacia Sari d’Orcino, por la carretera comarcal. Pero tampoco llegaron a este pueblo, sino que se detuvieron media milla antes, aproximadamente. Dejaron el coche a un lado de la carretera, junto a un barranco, y pasaron al otro lado de la carretera, donde la montaña sigue hacia arriba. Lo último que vi de ellos fue que iban montaña para arriba. Dejé el coche, y me acerqué a pie… No encontré ningún sendero, ni camino… Nada. Sin embargo, ellos habían subido por allí, y decidí hacerlo yo también… Casi me he dado de narices con un vigilante.

—¿Un vigilante?

—Sí. Había un hombre allí, en la falda de la montaña, sentado en una roca. Estaba a punto de separar unos arbustos cuando lo vi… Me llevé un buen sobresalto, desde luego. Podía haberlo quitado de en medio, pero como usted dijo…

—Hizo lo correcto. ¿Qué más?

—Bueno, estuve unos minutos sin atreverme a moverme, por temor a que aquel hombre me oyese y pudiera localizarme. Mientras estaba allí, iba mirando a todos lados. Y más arriba de donde estaba aquel sujeto vi una grieta en la montaña. Estoy seguro de que es la entrada a una gruta, y que los hombres que había seguido estaban allí dentro. Decidí no esperar a que salieran, y volví montaña abajo. Me metí en el coche, esperé a que ellos pasaran de regreso a Ajaccio, y de nuevo me fui tras su coche.

—¿No le vieron?

—No. Esta vez les concedí más distancia: ya sabía adónde iban, a fin de cuentas. Cuando volví a alcanzarlos, ya estábamos cerca de Ajaccio. Y por suerte para usted, decidí asegurarme de que venían a la casa.

—Sí, en efecto… Ha sido una suerte para mí. Bien… ¿Una gruta en la montaña? ¿Qué puede haber allí?

—¿En la gruta? Cualquiera sabe… Mire, me hubiese gustado poder entrar allí, pero eso era imposible sin eliminar al vigilante. Y no me pareció…

—Ya le he dicho que hizo usted lo correcto, Simón. Pero me intriga mucho esa gruta. ¿Alguno de ustedes quiere hacer una sugerencia al respecto?

—A mí no se me ocurre nada —negó Carawan.

—Ni a mí —sonó la voz de Simón-Avioneta en la radio—. Mejor dicho, se me ocurren tantas cosas que es como si no se me ocurriese nada, Baby.

—Lo mismo me pasa a mí —murmuró ésta—. Así que… ¿qué les parecería darse una vuelta por esas montañas?

—¿Ahora? —Se oyó la exclamación de Simón-Avioneta.

—¿Por qué no? Son apenas las cinco menos cuarto de la mañana, así que podemos llegar allí al amanecer. Entre dos luces, cuando dicen que se ve menos incluso que de noche. No vamos a irnos a dormir tranquilamente, ¿no les parece?

—¿Y Novorin? —musitó Jason Carawan.

—Oh, Novorin no escapará: tengo una cita con él a las nueve de la mañana, para dar un paseo en yate. Pero no hablemos de eso ahora: antes que nada, quiero saber qué hay en esa gruta. Simón, abandone su vigilancia en el Beausoleil, reúnase con nosotros en… Vamos a ver: creo que sería conveniente que pasase usted por Cours Napoleón, para recogerme. Por si a Simón-Niza lo han visto y al ver de nuevo su coche pudiesen alertarse esa gente de la montaña, será mejor que él vaya en mi coche delante, y usted y yo iremos detrás en el suyo. ¿De acuerdo?

—Me parece muy prudente —admitió Carawan.

—¿Paso por Cours Napoleón? —preguntó Simón.

—Y cuanto antes —dijo Brigitte—. Esto es todo. Hasta ahora, Simón.

* * *

Simón conducía despacio por Cours Napoleón, mirando a derecha e izquierda, en busca de Baby. Justo cuando divisaba su coche, la vio a ella apearse, y frenó para esperarla. Apenas se hubo cerrado la portezuela, partió en pos del coche de Brigitte, ahora conducido por Jason Carawan.

—Si quiere que le diga la verdad —masculló Simón—, estoy hecho un lío. Si todo lo que hemos hablado antes por radio es

cierto, hemos sido unos puercos al desconfiar de Jason.

—El espionaje no es precisamente la profesión más limpia del mundo, Simón —murmuró la divina.

—No… Ya lo sé. ¡Demonios, da asco! Me he pasado estos días conteniendo mis ganas de vomitar cada vez que veía a Jason Carawan, y ahora resulta que no es un traidor, sino que, efectivamente, el tal Yaroslav Novorin…

—Todavía no se ha decidido el asunto, Simón.

—Es cierto… Pero me alegro de haber sabido controlar mis deseos de llenarle de plomo la barriga a Jason. Tal como se han puesto las cosas, habría resultado una barbaridad. ¡Y todo por mi culpa, por mi estupidez…!

—Hizo usted lo que debía hacer, simplemente.

Simón la miró, pareció a punto de decir algo, y luego cerró la boca y quedó pensativo, fija su mirada en el coche que le precedía.

¿Realmente había hecho lo que tenía que hacer? Aquella mañana, poco antes de las siete, su compañero Roland Hammers había sufrido, de pronto, aquel terrible ataque de apendicitis, que lo había dejado como muerto en el cuarto de baño, cuando se estaba afeitando. Iban a salir más temprano aquella mañana… Al oír el grito de dolor de Roland Hammers, Simón-Avioneta corrió al cuarto de baño, y se encontró a su compañero tendido en el suelo, lívido como un cadáver, con el cuerpo empapado en sudor… ¿Y qué había hecho él? Pues sin duda alguna, lo más lógico y sensato: en primer lugar, llamó una ambulancia, y en segundo lugar, llamó por teléfono al apartamento de Jason Carawan, Simón-Niza, jefe del sector. Era lo reglamentario.

La ambulancia llegó en menos de quince minutos.

Pero, mientras tanto, el teléfono de Jason Carawan seguía sin contestar, así que Simón-Avioneta había optado por utilizar la radio de bolsillo…, a cuya llamada tampoco contestó Jason Carawan. Esto, a juicio de Simón-Avioneta, sólo podía ser debido a que Jason se hallaba fuera del radio de alcance. ¿Dónde demonios estaba el jefe del sector?

Desde la clínica, Simón-Avioneta volvió a llamar por teléfono al apartamento de Jason Carawan. Eran entonces las ocho menos diez, y Roland acababa de ser introducido en el quirófano de urgencias…

A las ocho y diez, una enfermera salió del quirófano, y miró

sonriente a Simón-Avioneta.

—No se preocupe, todo ha ido perfectamente. Aunque si nos hubiésemos demorado tan sólo media hora en intervenir, se habría producido la peritonitis, y eso habría complicado las cosas. Su amigo está perfectamente.

Simón-Avioneta había dado las gracias, y, tranquilo respecto a Hammers, había abandonado la clínica. ¿Adónde se le había ocurrido ir? Bien: ¿a qué otro sitio, sino al apartamento de Jason Carawan? Su teléfono no contestaba, así que podía estar estropeado; su radio no contestaba, así que quizá Jason se la había dejado en su lancha el día anterior… Pero nadie contestó en el apartamento de Jason Carawan a las llamadas de Simón-Avioneta. ¿Y si Carawan había pasado la noche en la lancha, y, precisamente, se había dejado la radio en el apartamento?

Sin más complicaciones, Simón-Avioneta había ido al embarcadero, al lugar donde la tarde anterior había visto la lancha de Jason Carawan… Y la lancha no estaba allí. Pero, cuando se alejaba del embarcadero, se le ocurrió volver la cabeza, y… ¿qué vio entonces?: pues, la lancha de Carawan regresando de mar adentro.

Esperó, vio llegar la lancha, y enseguida, a Carawan, que salió corriendo disparado, sin darle tiempo siquiera a acercarse a él. Y en lugar de gritar llamándole, Simón-Avioneta, sin saber por qué, permaneció en silencio, viendo alejarse a toda prisa a su jefe y amigo. Cuando se decidió a ir tras él, Jason Carawan estaba ya lejos. Pero no demasiado: sólo en su apartamento, que no distaba mucho del embarcadero.

Y, cuando Simón-Avioneta se disponía a subir, Jason Carawan apareció de nuevo en la calle. Estaba alzando la mano para llamar a un taxi cuando le vio él, y acudió presuroso a su encuentro.

—¿De dónde sales? —exclamó—. ¡Te he estado llamando por teléfono…! ¿Dónde está Roland? ¡Tenemos que ir cuanto antes a Córcega, han matado a Parker!

—¿Qué? —Había palidecido Simón-Avioneta.

—No me ha llamado a las ocho, como es habitual. Yo le he llamado a él, y me ha contestado la policía… ¡Lo han encontrado muerto en su garaje!

—¿A Ed Parker? —Palideció aún más Simón-Avioneta.

—¿Qué te pasa? —Gruñó Carawan—. ¡Vamos, despierta! ¿Dónde está Roland? ¿No teníais que ir a…?

—Roland está en una clínica: le han operado de apendicitis.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Bueno, hacia las siete y pico…

—¡Por todos los…! ¿Y por qué no me has llamado antes para decírmelo?

Simón-Avioneta se sentía francamente mal en aquellos momentos. ¿Llamarlo? ¡Lo había hecho una docena de veces…, y Jason no podía contestar por la sencilla razón de que no estaba en su apartamento…, ni siquiera estaba en Niza! Pero pretendía hacerle creer que sí había estado allí a las ocho, esperando la llamada de Ed Parker desde Ajaccio…

—Bueno —casi tartamudeó—. No sé, Jason… Creo que me he asustado… Pero ahora ya está bien… La operación ha ido bien, y he preferido venir a decírtelo personalmente en lugar de telefonearte…

—¡Maldita sea tu estampa, Nick! ¡Has debido llamarme inmediatamente!

—Lo siento… Lo siento, Jason.

—Está bien… Iremos a ver a Roland más tarde. Ahora hay que comunicarse con Marsella…

En Marsella, como era de esperar, designaron a Jason Carawan como jefe interino en Córcega, mientras tomaban resoluciones definitivas en la Central, en Langley. Veinticuatro horas más tarde, cuando ya Carawan estaba en Ajaccio, llegó la respuesta de la Central, en un reactor procedente de París… La respuesta se llamaba Baby, y como siempre, llegó sola, con su maletín rojo con florecillas azules. En el mismo aeropuerto de Niza, Simón-Avioneta había puesto a Baby al corriente del extraño comportamiento de Jason Carawan. Y a partir de ese momento, la bellísima espía de los ojos azules había tomado la dirección del asunto, con una expresión fría y serena que había impresionado profundamente a Simón-Avioneta. Implacable, había comenzado a tender la trampa alrededor de Jason Carawan, esperando descubrir su juego…

Y ahora, parecía que no había tal juego, que Carawan no estaba involucrado con anterioridad en aquel asunto de Córcega… Pero entonces, ¿por qué le había mentido? ¿Por qué había dado a entender que había estado en su apartamento…, si era mentira? ¿De

dónde había llegado Jason Carawan, en lancha, aquella mañana…?

—Le va a salir humo de la cabeza —oyó de pronto la voz de Baby—. Y ya no vale la pena, Simón: pronto sabremos la verdad.

—Pero, ¿por qué mintió Jason? ¿Por qué?

Brigitte volvió la cabeza hacia su compañero, y lo contempló en la semioscuridad del coche.

—Quizá por la misma razón por la que usted no se sinceró con él.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es posible que Carawan hubiese estado haciendo algo que no deseaba que usted lo supiese…, porque no confiaba lo suficiente en usted.

—¡Eso es darme una puñalada por la espalda, Baby!

—Es lo mismo que hemos estado haciendo nosotros con Jason Carawan al tenderle esta trampa simulando que no sabemos que él salió en lancha precisamente la noche en que mataron a Ed Parker en Ajaccio.

Simón-Avioneta palideció. Y ya no dijo nada más. Miró de reojo a la extraordinaria mujer que llevaba al lado. Era tan hermosa que cuando la había visto en el aeropuerto de Niza había quedado como paralizado… Pero también era fría como el hielo, metódica, implacable, hipócrita, dura, impenetrable… Y en cambio, cuando pasó a recogerla a la clínica donde estaba internado Roland Hammers, tuvo la desconcertante sensación de encontrarse ante otra mujer, completamente distinta, que recomendaba a Roland que no riese tanto, pues podía ocasionar la ruptura de los puntos de sutura… Aquella «otra» mujer le había parecido dulce, cándida, angelical, cariñosa, simpática. Le había llevado a Roland un ramo de flores y un *puzzle* gigante, como si fuese un niño, para que se distrajese durante su estancia en la clínica…

—Le aconsejo que se concentre en lo que vamos a hacer ahora, Simón.

—¿Por qué dice eso? —Respingó el espía.

—Porque nunca es fácil comprender a los demás. Cada persona tiene motivaciones diferentes en diferentes situaciones. Y en ninguna de esas situaciones queda perfectamente definida. Somos buenos o majos según las circunstancias. Aunque, claro, lo ideal sería que todos fuésemos buenos SIEMPRE.

—Dios… ¿Ha estado adivinando mis pensamientos?
—Más o menos —rió Brigitte.

# Capítulo VI

El coche conducido por Jason Carawan se detuvo, finalmente, en un lado del camino comarcal, y pocos segundos después, se detenía el conducido por Simón-Avioneta que una vez más, estaba aterrado ante la capacidad de previsión de Baby. Podían haber ido los tres en el mismo coche, pero no… Ella había querido que fuesen en dos, y Simón creía saber ya por qué. Por un lado, su coche se había impregnado del polvo del camino, de modo que cuando Jason Carawan lo viese lo encontraría natural, sin llegar a sospechar que ya antes aquel coche había estado en aquel camino, siguiéndole a él mientras él seguía a los otros dos hombres, y no vigilando el hotel, como Baby había querido hacerle creer…

La cabeza de Jason Carawan apareció ante el hueco de la ventanilla.

—El lugar está a unos doscientos metros de aquí, Baby. Creo que sería mejor que terminásemos el camino a pie.

—Desde luego —asintió la espía.

Se colocó la peluca, y las lentillas de contacto. Luego, salió del coche, y miró hacia el cielo, hacia el este, donde se veía ya una pálida línea de luz… Colocó el maletín sobre el capó del coche, y sacó el secador de cabello y el trípode de aluminio. En pocos segundos, montó el tubo-fusil, ante la atenta mirada de los dos hombres de la CIA. Sacó un frasco de crema facial, y lo deslizó por su escote, señalando acto seguido hacia la montaña, a la izquierda.

—Será mejor que nos acerquemos directamente por la montaña, en lugar de hacerlo por la carretera.

—No va a ser cómodo para usted —dijo Carawan—. No hay…

—Cuando quiero estar cómoda —cortó ella—, me quedo en casa, Simón.

Fue la primera en emprender la ascensión. Por supuesto que no le resultó cómodo el trayecto montaña a través, pero no la oyeron

ni siquiera jadear.

La raya de luz se había agrandado en el este cuando Jason Carawan asió de un brazo a Brigitte, y acercó su boca a su oído.

—Estamos muy cerca —susurró—. Veremos al vigilante en cualquier momento.

Baby asintió. Del frasco de crema, cuya base separó, extrajo una pequeña cápsula de cristal, que deslizó por la boca del tubo-fusil. Luego, manteniendo éste en alto, se quitó los zapatos, y continuó adelantando, evitando los arbustos con agilidad superior a la de sus compañeros… El día iba llegando. En alguna parte, unos pajarillos piaban alborozados. Sí, señor: un nuevo día; ya habían *vivido* otro día más, y ahora, llegaba el nuevo, con el sol, el aroma de las flores y la tierra, el cielo azul en el que apenas quedaban estrellas. Un nuevo día de felicidad para los pájaros. *Sólo* para los páparos, cuya inteligencia está considerada como muy inferior a la del hombre…

Brigitte se detuvo de pronto, y quedó inmóvil. Tras ella, oyó la respiración contenida de Simón y Jason Carawan. Entre los arbustos, los tres veían al hombre sentado en una roca, que en aquel momento encendía un cigarrillo. Ya podía hacerlo, sin temor a que la brasa destacase en la oscuridad. Ya era de día. Un nuevo día…

Lentamente, Baby orientó el tubo-fusil hacia el hombre, que estaba inhalando el humo con gran placer, sonriendo, mirando al cielo. Seguramente, intentaba localizar alguno de aquellos pajarillos que piaban desaforadamente…

Plof.

La cápsula de cristal salió blandamente lanzada por el mecanismo del tubo-fusil. El hombre bajó de pronto la cabeza, y su mano libre fue hacia el pecho… Al mismo tiempo, rodaba por el suelo pedregoso, apenas un par de metros, hasta quedar frenado por unos arbustos. Brigitte salió rápidamente entre los arbustos, llegó adonde había caído el cigarrillo, y lo apagó. Luego, alzó la cabeza, y miró hacia arriba. Vio la grieta enseguida, y se volvió a mirar a sus compañeros, que ya estaban junto a ella.

—¿Está muerto? —susurró Simón-Avioneta, señalando al vigilante.

—No. Sólo dormirá durante cuarenta y ocho horas. Quédense aquí, y cuando me vean reaparecer en la entrada de la gruta, suban con ese hombre.

—¿Va a entrar sola? —exclamó Carawan.

—Sola, no —negó la espía, mostrando el tubo-fusil.

Todavía descalza, continuó la ascensión. Al llegar ante la grieta, se volvió, y miró a Simón-Avioneta, impenetrable la expresión. Pero Simón comprendió, y miró de reojo a Jason Carawan, conteniendo un estremecimiento: si Baby no salía de aquella gruta, le volaría la cabeza de un balazo a Jason. Sin vacilar.

Baby había desaparecido en el interior de la grieta.

—Deberíamos entrar tras ella —murmuró Carawan.

—Haremos solamente lo que ella diga —mascullo Simón.

Se pasó la lengua por los labios, y se quedó mirando la grieta, como hipnotizado. Pasó un minuto. Dos, tres, cinco… Casi habían transcurrido seis cuando Baby reapareció en la grieta, haciéndoles señas para que subieran, y señalando luego al hombre dormido. Entre los dos lo subieron hasta la grieta, y pasaron al interior.

—Pueden hablar tranquilamente —dijo la divina—: la situación está controlada. Traigan a este hombre, lo dejaremos con los otros tres.

Era una gruta, en efecto, de dimensiones más bien reducidas, estrecha. Profundizaba quizá unos veinte metros, al fondo de los cuales se veía una claridad dorada, que Baby señaló.

—Hay otra grieta allá, en el techo, que da más arriba de la montaña. Es un buen sitio para una instalación de esta clase.

—¿Qué instalación? —preguntó Carawan.

A la derecha apareció de pronto un hueco. Brigitte introdujo un brazo, y una luz se encendió, para pasmo de los dos espías. Pasmo que duró muy poco, ciertamente, cuando vieron la instalación de potentes baterías, y la radio adosada al fondo de aquel compartimiento rocoso. Una radio enorme, flamante, moderna. Delante de ella, yacía un hombre, con una silla caída junto a él. A la derecha, en dos colchonetas de aire, dormían otros dos hombres. Y con un sueño en verdad profundo, que les habría de durar cuarenta y ocho horas…

—Es una emisora —musitó Simón, atónito.

—Emisora-receptora. Calculo que debe tener un alcance en ambos sentidos de no menos de dos mil quinientas millas.

Simón-Avioneta estaba estupefacto, no salía de su asombro.

—Pero… ¿todo esto por una emisora? —exclamó.

—Debe alcanzar hasta Moscú —exclamó también Carawan.

—¿Qué pueden estar tramando? —se sorprendió Simón—. Actualmente, hay medios de comunicación entre sectores mucho más prácticos y menos comprometidos que una emisora como ésta… Es absurdo…

—¿Por qué es absurdo? —rechazó Carawan—. Estoy seguro de que Yaroslav Novorin nos daría una muy buena explicación al respecto.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Baby—. Así que lo mejor que podemos hacer es ocupamos ya del hermoso Claude. Daremos un paseo por el mar.

—¿Quiere decir que va a aceptar esa cita a las nueve?

—Por supuesto que sí. No voy a ponerme en medio del hotel a interrogar adecuadamente a Yaroslav Novorin, ¿verdad?

—Demonios —sonrió Simón—, ¡usted siempre lo previene todo, Baby!

—En este caso, la iniciativa del paseo en yate fue de él, de Claude. Pero la aprovecharemos…

—Un momento… ¿Y si él quisiera llevarla al mar para lo mismo, para interrogarla y quizá matarla? —Se sobresaltó Simón.

—No se puede ser tan estúpido, Simón —rechazó Brigitte—. Ya no podría volver a su hotel, tendría que huir, pues tarde o temprano la policía, por no decir la CIA, se le echaría encima. No… Novorine no tiene intenciones radicales respecto a mí. Es muy posible que haya sospechado algo, y quiera sonsacarme… ¿Quién sabe lo que puede pretender él? En cambio, sí sabemos lo que pretendemos nosotros, y eso es lo importante.

—No será fácil «trabajar» a ese hombre —murmuró Carawan—. Ni por asomo admitirá la existencia de esta emisora, y no le digo si se le ocurre a usted acusarlo de la muerte de Ed: dirá que usted está loca.

—Eso es lógico —sonrió secamente Baby—, pero espero arreglármelas bien. Necesitaré a uno de ustedes, con una lancha. Y naturalmente, el más apropiado es usted —señaló a Simón; luego miró a Jason Carawan—. Usted debería quedarse tranquilamente en Ajaccio a la espera de instrucciones definitivas…

—Me gustaría pedirle un favor —murmuró Carawan, fruncido el ceño—. Sé que cualquier cosa que usted pida, la Central la

concederá.

—¿Cuál es el favor?

—Quisiera quedarme en Córcega como jefe del sector en lugar de volver a ocupar ese puesto en Niza.

—No veo la dificultad en conseguir eso —parpadeó Baby, sorprendida—. Puede contar con ello de antemano, Simón…, a menos que, de pronto, en la Central decidan no ser complacientes conmigo.

—Eso es muy poco probable —sonrió Carawan.

—Así lo creo yo también, francamente —sonrió a su vez la espía —. Bien… Tenemos aquí cuatro hombres dormidos y una emisora magnífica, que, en efecto, debe alcanzar hasta Moscú. No sabemos lo que se pretende con esta emisora, pero tenemos en la palma de la mano al hombre que sí debe saberlo: Yaroslav Novorin. Entonces, haremos lo siguiente… Dejaremos a estos hombres aquí, pues cuando despierten todo habrá terminado, y lo único que podrán hacer es volver a Rusia y decir que se durmieron y que cuando despertaron, la emisora ya no estaba, y alguien, en Ajaccio, había asesinado a Yaroslav Novorin. Digo que dejaremos a estos hombres, pero no la emisora, que la vamos a desmontar y la tiraremos, por piezas, por estos barrancos; aunque llegasen a encontrar las piezas, ya no les servirían de nada. ¿De acuerdo?

—Me parece bien —asintió Simón—. ¿Qué tendré que hacer yo en la lancha?

—Seguirme cuando zarpe con Novorin en su yate. En determinado momento, yo le haré señas con los brazos desde cubierta: será el momento en que tendrá que recogerme.

—¿Y Novorin? —se interesó Carawan.

—Todavía no sé si lo dejaré en el yate, simplemente, o hundiré el yate con el cadáver dentro, o… No. Creo que lo mejor sería que tirase su cadáver al mar. De este modo, cuando encuentren el yate a la deriva, pensarán que ambos nos tiramos al agua para nadar un poco, y que nos hemos ahogado, que hemos sufrido un accidente. Y como jamás lo encontrarán a él, ni mucho menos a mí, asunto terminado.

—Formidable —exclamó Carawan.

—Lo único que tengo que pensar —reflexionó Baby—, es el modo de no dejar pistas en el hotel. Me llevaré sólo el maletín, con

el pasaporte… Lo demás, comprado todo en Ajaccio, no servirá de pista a nadie. Simplemente, el señor Novorine y la señorita Tisdale habrán fallecido víctimas de desgraciado accidente en el mar. Todo esto, claro, si no estamos equivocados.

—¿Equivocados? —Respingó Carawan—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que podríamos estar equivocados con Claude Novorine.

—¡Pero qué demonios de equivocados…! ¡Si pudiésemos conseguir esa «Beretta» ya vería cómo comprobaríamos que fue el arma con la que mataron a Ed! ¡Usted sabe perfectamente que en nuestro trabajo no existen las casualidades…! ¡No como ésta, al menos!

—Es cierto —susurró Brigitte—. Bien, comencemos a desmontar este armatoste: tengo que estar en el hotel antes de las nueve, naturalmente…

* * *

A las ocho y treinta y cinco de la mañana, el coche que conducía Simón-Avioneta adelantó al que conducía Jason Carawan, ya muy cerca de Ajaccio. Por la ventanilla, Baby sonrió a Carawan, y se despidió de él con un gesto. A partir de ese momento, se separaban, y ya, sólo tendrían un último contacto por radio si llegaba a ser necesario. Si no, simplemente Jason Carawan se quedaría en la isla, asumiendo la jefatura del sector a la espera de instrucciones de la Central, y Baby y Simón, una vez cumplida la misión de la primera, abandonarían la isla en la avioneta, hacia Niza. Nadie se fijaría en que el piloto que había llegado con una morena, y se marchaba con la misma chica. Pero, aunque así fuese… ¿qué tendría eso de extraordinario? ¿Y quién iba a relacionar al piloto y a la morena con la desaparecida señorita Tisdale?

Así pues, tras la sonrisa y el cariñoso gesto de despedida, Jason Carawan quedó como jefe de la CIA en Córcega. Jefatura que, esto estaba bien claro, sólo sería total y absoluta cuando Baby abandonase definitivamente la isla.

Todavía con la bella imagen de Baby en su mente, Jason Carawan detuvo el coche en el primer sitio que encontró, suspiró, y tras unos segundos de meditación, sacó la pequeña radio de bolsillo,

no mucho mayor que un encendedor corriente. Apretó el botón.

—¿Qué hay? —Oyó en el acto la voz de Guido Malpasi.

—Soy yo. La emisora ya está destruida.

—¿Ya? —exclamó Malpasi—. ¡Esa mujer trabaja muy deprisa!

—No lo sabe usted bien —se estremeció Carawan—. Espero que tenga ya preparados los quinientos mil dólares, Malpasi.

—Tendrá usted el dinero cuando todo termine, tal como fue proyectado, no se preocupe, Carawan.

—Bien. Y no olvide que a partir de ese momento, nosotros jamás volveremos a tener contactos. Cuando ocurra lo que tiene que ocurrir en estos lugares, la atención de la Central recaerá sobre mí, y hasta es posible que Baby vuelva a la isla para hablar conmigo. En ese momento, quiero estar «limpio», y mi dinero en Suiza, esperando el momento de mi retiro del espionaje.

—Eso está ya hablado y entendido hace semanas, Carawan, desde el mismo momento en que usted fue contratado por nosotros en Niza. ¿Cómo ha ocurrido todo?

Jason Carawan lo explicó, rápida y concisamente, con la pericia de un espía acostumbrado a dar informes.

—Está bien —aprobó Malpasi—. ¿Por qué no se puso antes en contacto conmigo?

—No podía hacerlo. Usted sabe que esta pequeña radio que me facilitó alcanza poco más de dos millas nada más. Estuve detrás de Gerard y Richard todo el tiempo, actué como si realmente estuviese trabajando para la CIA. No cometí fallo alguno. Pero estuve en contacto con ellos, por radio, ya que, conforme a lo convenido, no debía darme a conocer, a menos que fuese necesario…, o hasta el momento oportuno. Ese momento llegó cuando vi que habían cazado a Baby en la casa Ya les advertí que quizá ella estuviese dentro, y la esperaron. Después, fui yo a la casa, y cuando Gerard abrió la puerta, lo maté. Luego, mate a Richard. Eso fue lo convenido, ¿no es así?

—Así fue, en efecto.

—Entiendo, claro está, que esos dos pobres diablos no eran rusos.

—Claro que no. Eran realmente franceses, contratados también para esta operación: simples títeres que hemos estado manejando a cambio de dinero. Ni siquiera eran profesionales de lo nuestro…

¿Ha dicho usted, Carawan, que Gerard abrió la puerta? ¿Por qué hizo eso? No entiendo…

—Tranquilícese. Él no me delató en modo alguno ante Baby, pues de haber sido así, yo estaría muerto ahora. Lo que quería Gerard era entregarme el maletín de Baby, evidentemente. Y fue tan oportuno que no tuve que molestarme en entrar por mis medios en la casa. Todo está saliendo perfectamente, Malpasi.

—¿Y eso no le sorprende? —musitó Guido Malpasi.

—¿Sorprenderme? ¿Qué quiere decir?

—Hasta la fecha, ustedes, la CIA, han tenido en Baby su mejor elemento… Se le han tendido trampas de todas clases, y todos sabemos que ha escapado de situaciones increíbles. En cambio, esta *vez*, ha llegado a Córcega como una inocente paloma que estamos manejando como queremos. ¿No está sorprendido?

—No. Usted está olvidando un detalle, Malpasi: Baby lo está aceptando todo precisamente porque intervengo yo, uno de sus Simones. No desconfía nunca de nosotros. Hasta el punto de que muchos de los agentes de la CIA conocemos su verdadero aspecto, y eso le tiene sin cuidado.

—Pues es una mala jugada la suya, Carawan. ¿Cuál es el verdadero aspecto de Baby?

—Usted ya la conoce, Malpasi.

—La conozco bajo un aspecto físico, pero por lo que usted ha dicho, debo presumir que ése no es el verdadero. ¿Cuál es?

—Escuche, yo estoy trabajando para ustedes por quinientos mil dólares en determinado asunto…, que no tiene nada que ver con Baby. Ya le advertí que posiblemente la enviarían a ella, puesto que había sido asesinado un Simón…, pero en ningún momento le dije a usted que mi colaboración llegaría al extremo de poner en sus manos a Baby. ¿Fue así o no fue así?

—Sí, sí, desde luego. Está bien. En definitiva, cuando ella haya terminado su trabajo aquí, volverá a marcharse, y todo lo que yo sabré de Baby es que es una hermosa muchacha rubia de ojos verdes que utiliza el nombre de Nora Tisdale.

—Con eso es suficiente. Y se lo repetiré, Malpasi: tenga mucho cuidado con ella, o su cabeza rodará por el suelo.

—Gracias por la advertencia. Bien, entiendo que nuestro asunto está prácticamente terminado, ya que usted está como jefe de

Córcega y, además, solo.

—Estaré solo cuando Baby y mi compañero se hayan marchado.

—Magnífico… Magnífico. No olvide, Carawan, que aunque le enviasen personal inmediatamente a la isla, debe usted mantenerlo inactivo durante los tres próximos días Ese fue el trato definitivo, el motivo por el que tuvimos que eliminar a Parker. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Llámeme durante las próximas veinticuatro horas para decirme cuándo y dónde tengo que recoger mi dinero. Adiós, Malpasi.

# Capítulo VII

—Adiós —se despidió también Guido Malpasi.

Cerró la radio, tan diminuta como la que había facilitado días antes a Carawan, y la dejó sobre la mesita de noche. Se pasó las manos por la cara, y luego miró su reloj de pulsera… La llamada de Jason Carawan le había despertado, pues finalmente, cansado de espiar por la ventana el regreso de Nora Tisdale, se había tendido en la cama, y se había quedado dormido.

Eran las nueve menos cuarto. Entró en el cuarto de baño, se afeitó rápidamente, se vistió, y bajó al vestíbulo. Eran entonces las nueve menos cinco, y sin duda Nora Tisdale debía haber llegado ya al hotel… De lo cual se convenció cuando, al mirar hacia el estacionamiento, vio su coche.

Luego, Guido Malpasi fue al comedor, donde había algunos clientes del hotel desayunando, y se dirigió hacia una mesa, saludando sonriente a unos y otros; el jubilado italiano era un personaje simpático en el hotel, y prácticamente el que llevaba más días allí…

En una de las mesas estaban los Nolan, un matrimonio inglés de edad madura, más jóvenes que Malpasi, y que habían llegado algunos días después que él. La mujer era todavía atractiva, siempre sonriente, vestida con excelente gusto. El hombre conservaba una figura atlética, era tan elegante como su esposa, y, a pesar de ser inglés, se había revelado en todo momento como persona simpática y comunicativa. Al ver a Malpasi, alzó un brazo, y sonrió.

—Señor Malpasi —llamó en francés—. ¡Venga a desayunar con nosotros!

Guido se acercó, muy sonriente.

—Encantado —aceptó enseguida—. Hermoso día, ¿no es cierto? Casi tan hermoso como usted, señora Nolan.

*Mistress* Nolan se echó a reír, mientras señalaba una silla a su

derecha. Malpasi se sentó, mientras un camarero se acercaba rápidamente. Pidió su desayuno, encendió un cigarrillo, y dijo:

—Todo está saliendo bien. Carawan me ha llamado hace un cuarto de hora.

El señor Nolan sonrió como si acabasen de contarle un chiste medianamente bueno.

—Espléndido. Pero nos gustaría saber, Yuri, qué es exactamente lo que está pasando.

Yuri Kenachian, alias Guido Malpasi, agente de la MVD soviética, puso a sus compañeros de este organismo al corriente de todo lo que había sabido por medio de Jason Carawan. Lo hizo deprisa y bien, terminando cuando el camarero llegaba con su desayuno. Apagó el cigarrillo, y tras esperar a que el camarero se alejase, miró atentamente a Nolan.

—¿Habéis colocado los micrófonos en el yate de Novorin?

—Claro. Escuchamos la invitación cuando él estuvo en la habitación de Baby, y no hacía falta que nos dieses instrucciones al respecto: es evidente que nos interesa mucho saber qué hablan en el yate Novorin y Baby.

—No creo que lleguen a hablar mucho: ella le matará.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Las pruebas contra Novorin son abrumadoras. Primero, yo tomé de su caja fuerte esa vieja pistola, y se la facilité a Carawan. Le vi llegar, fue a matar a Parker, y la dejó en el mismo sitio. Yo la volví a colocar en la caja fuerte de Novorin. Y esta noche, Baby ha tenido que verla. Mejor dicho: sé que la ha visto, pues Carawan me lo ha dicho. Luego, está todo lo demás: el contacto de Richard con Novorin en Il Corso, los folletos, el asunto de la emisora… Ella no puede vacilar ni dudar.

—La emisora ha sido una pérdida lamentable de dinero —dijo la señora Nolan.

Guido Malpasi encogió los hombros.

—Una simple inversión. Edward Parker era inabordable, jamás habría aceptado nuestras proposiciones, así que había que eliminarlo, para que Carawan quedase como jefe en Córcega. Para convencernos de que Carawan aceptaba realmente la proposición, había que involucrarlo fuertemente en esto, así que tenía que ser él quien matase a Parker. Lo ha hecho, y todo va bien. Esta noche, nos

ocuparemos de retirar los cadáveres de los dos franceses, y a los cuatro hombres dormidos de la gruta donde estaba la emisora. Prácticamente, no existe la CIA en la isla, tal como deseábamos para montarlo todo. Si hubiese estado Parker, la vigilancia se habría mantenido, de modo especial en el aeropuerto, en Campo del Oro. Puesto que sólo quedará Carawan, podremos trabajar con toda tranquilidad, con la seguridad de que nadie se fijará de modo especial en nosotros.

—Eso quiere decir —deslizó míster Nolan— que ya podemos pedir el material al submarino. Y las tres avionetas.

—Sí.

—Bien. Nos encargaremos de ello. Las avionetas llegarán esta misma tarde, por separado. El material llegará por la noche, en un bote neumático, desde el submarino, que podrá ya retirarse, reunirse con la flota del Mediterráneo…

—No. Deberá esperar el regreso del bote neumático, en el que cargaremos a nuestros cuatro hombres de la gruta y a los dos franceses. A éstos, que los tiren al mar.

—Perfecto.

—Pero hay que esperar a que Baby mate a Novorin, y se marche de la isla, antes de hacer nada. No vamos a mover ni un dedo mientras esa mujer ande por aquí.

—No parece peligrosa —comentó con cierto desdén la señora Nolan—. Es la típica mujer occidental con tipo de muñeca. Tan bonita, tan delicada y elegante, tan rubia…

—Es muy inteligente —murmuró Malpasi, sirviéndose más café —. Mucho. Sabe pensar. No nos engañemos, Katia. No sé hasta qué punto puede ser físicamente peligrosa, en realidad, pero yo temo más a las personas que son mentalmente peligrosas. Baby es inteligente, no olvidemos esto en ningún momento. En realidad, esa cuestión ni siquiera merece comentarios: hace muchos años que está demostrando lo inteligente y peligrosa que es en todos los sentidos.

—Nadie lo diría al verla —insistió la señora Nolan—. Y me gustaría matarla personalmente, Yuri.

—No puede ser. Si matamos a Baby en Córcega, antes de seis horas la Isla estaría atestada de agentes de la CIA venidos de África y de toda Europa… Ni hablar. Hemos estado trabajando precisamente para conseguir que Córcega quedase desalojada de

todo personal de la CIA, ¿no es así?

—Yo creo —sonrió, divertido, Nolan— que Katia tiene celos de Baby. Celos profesionales, se entiende.

—Pues tendrá que dominarlos.

—Supongo —refunfuñó la señora Nolan— que todo eso no significa que dejaremos marchar tranquilamente a esa mujer de nuevo a Estados Unidos.

—Seguramente así será…, aunque, claro, tan bien controlada que muy pronto sabremos quién es en realidad Ella no es rubia, Katia. Seguramente tampoco tiene los ojos verdes, y no me sorprendería que llevase postizos en el cuerpo y en el rostro. ¿Por qué crees que nunca hemos conseguido una fotografía suya auténtica para el archivo del directorio? Sí, la dejaremos marchar, con la avioneta en la que llegó. Cuando todo termine en el yate, ella se irá en una lancha, con su Simón de tumo. Irán a Campo del Oro, subirán a la avioneta y emprenderán el regreso a Niza. Pues bien: allá tienen que estar esperándolos, y simplemente tener controlada a Baby desde ese mismo momento hasta que llegue a Estados Unidos, a su domicilio. Y una vez sepamos quién es realmente, el directorio tomará la decisión que juzgue oportuna. ¿Está claro, Katia?

—Sí —gruñó la mujer—. Nos ocuparemos de controlarla hasta que salga hacia Niza y avisaremos a nuestros compañeros de allá para que la esperen.

—Eso es. Vosotros tenéis que seguir atendiendo las comunicaciones simplemente. Calculo que vuestra labor terminará una hora después de que Baby haya despegado hacia Niza, esto es, para la hora del almuerzo.

Después de esto, regresáis al continente y desaparecéis. ¿Alguna duda?

—No —musitó el señor Nolan—. Ya sabemos que tú te encargarás del resto, Yuri. ¿Sabes ya cuándo pasará el avión?

—No. Pero me avisarán desde Roma con un mensaje ya convenido, eso no es problema en modo alguno. El problema era armar las avionetas que han de salirle al encuentro, desde un lugar adecuado… Y el lugar adecuado elegido ha sido Córcega. Si hubiese habido personal de la CIA en Campo del Oro, se hubiesen interesado por las tres avionetas y los paquetes que se cargaban en

ellas; pero como estaremos solos, podremos cargar todo el armamento y dejarlo preparado para acoplarlo en el momento preciso. Ese avión que hará escala en Roma, jamás llegará a Londres.

—Es una lección que esos puercos se han ganado —dijo el señor Nolan—. Así aprenderán a no… ¡Ahí pasan Baby y Novorin!

Guido Malpasi volvió velozmente la cabeza y todavía pudo ver a Nora Tisdale y a Claude Novorine, fugazmente, pasando ante la puerta del comedor, cruzando el vestíbulo. Se puso en pie rápidamente.

—Bien, creo que eso es todo. Ocuparos ya de los aparatos de escucha de los micrófonos del yate.

Salió del comedor y alcanzó a Novorin y Nora Tisdale en la puerta.

—¡Señorita Tisdale!

Se volvieron los dos. Nora Tisdale sonrió de aquel modo tan encantador.

—Ah, Guido, buenos días… No le había visto. ¿Dónde estaba?

—Desayunando. Hola, señor Novorine.

—Buenos días —sonrió Claude.

—La hubiese esperado —dijo Malpasi a Nora—, pero al entrar en el comedor, los ingleses me han invitado a su mesa, y me ha parecido descortés negarme… ¿Usted ya ha desayunado?

—Lo haré en el yate, con Claude.

—¿En el yate? —Alzó las cejas Malpasi, sorprendido.

—He invitado a Nora a pasar el día en el mar —explicó Novorine.

—Oh… ¡Caramba, eso sí ha de ser agradable! Pero no —se echó a reír—, no temen: no pienso invitarme a mí mismo.

—Bueno —vaciló Nora—, la verdad es que…

—Vamos, vamos, Nora —volvió a reír Malpasi—. ¡Lo entiendo perfectamente! No soy ningún carcamal aguafiestas, se lo aseguro. Pero ¿quizá podríamos cenar juntos?

—Claro que sí, Guido, y encantada —Nora le puso una mano en el brazo, con gesto amable, casi cariñoso—. Y si todavía va a estar algunos días aquí, me gustaría hacer alguna excursión con usted por la isla. Creo que hay paisajes muy hermosos.

—¿En Córcega? —Se pasmó Malpasi—. ¿De veras? Yo tenía

entendido que todo está lleno de montañas con precipicios que producen vértigo… ¿No es así, señor Novorine?

—Hay de todo —sonrió Claude—. Pero si yo fuese usted, señor Malpasi, no desdeñaría una excursión con Nora, aunque fuese por precipicios.

—¡Tiene razón! —exclamó Guido—. Bueno, pero eso será mañana o pasado… Mientras tanto, el afortunado es usted. ¡Les deseo un día muy feliz!

—Gracias… Y hasta la noche, Guido —se despidió Nora Tisdale, con simpático guiño.

Desde la puerta, Guido Malpasi les estuvo observando unos segundos. Luego, regresó al comedor. Los Nolan ya no estaban allí, naturalmente. Tras vacilar un instante, Malpasi tomó uno de los periódicos del día, se sentó en un sillón del vestíbulo y se dispuso a leer.

Diez minutos más tarde, se puso en pie y se dirigió hacia las escaleras.

* * *

—Ve a abrir —dijo Nolan, cerrando el armario.

La señora Nolan fue a la puerta, la abrió y alzó las cejas al ver a Guido Malpasi.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Malpasi entró y cerró la puerta. Tendió la mano hacia la mujer, abierta, mostrando en la palma el pequeño micrófono.

—Nada en absoluto. He pasado por la habitación de Baby y he retirado vuestro micrófono, por si llegabais a olvidarlo. Todo está en orden ahora… ¿Cómo va eso?

El señor Nolan volvió a abrir el armario y Guido se acercó, contemplando todo el equipo de escucha instalado allí dentro.

—Ya han zarpado —dijo—. Tenemos un «bicho» en la cabina de mandos, así que sabemos que la primera parada la harán en Iles Sanguinaires, para desayunar. Hasta ahí, la distancia de recepción es óptima. Pero si Baby espera a estar aún más lejos para matar a Novorin, quizá perdamos el contacto.

Malpasi movió negativamente la cabeza.

—No esperará demasiado —aseguró—. ¡Pobre Novorin! Ni se

imagina que está siendo utilizado como chivo expiatorio, y que va a morir por ello… No por espía al mando de una potente emisora en Córcega, sino por haber matado a Edward Parker, un Simón… Francamente, esto es una cochinada.

—Estás bromeando —rió con sonido gutural la señora Nolan.

—En absoluto. ¿Es o no es una cochinada?

—Lo es —se echó a reír también el señor Nolan—. Pero no es momento de analizar esa cuestión. Será mejor que nos dediquemos a escuchar.

Abrió la radio.

> —… *Pero no demasiado bien* —oyeron la voz de Novorin—. *Cierto está que lo hablé con mis padres, de niño, y más adelante, no me permitieron olvidarlo. De todos modos, supongo que no lo hablo como un auténtico ruso que siempre haya vivido en Rusia.*
>
> —*Es una lástima, Claude* —sonó la voz de Nora Tisdale—. *¡Me habría gustado tanto aprender el ruso contigo!*

—¡La muy hipócrita! —rió por lo bajo Malpasi—. ¡Está diciendo que le gustaría aprender el ruso! ¡Y seguramente lo habla mejor que nosotros!

—Cuidado —murmuró el señor Nolan—. Esta conversación entre ellos implica que Novorin le ha dicho que él es ruso… o que ella se lo ha sonsacado.

> —*Bueno* —dijo Novorine—. *Supongo que sé el suficiente para introducirte en el idioma, así que podemos empezar a practicarlo cuando quieras.*
>
> —*Lo haremos después de almorzar* —sonó la risa de la señorita Tisdale—. *¡Ya me sorprendía a mí ese apellido, Novorine, en un francés! Por cierto, si naciste en Rusia, no creo que te pusieran el nombre de Claude allá, ¿verdad?*
>
> —*No. En realidad, mi nombre es Yaroslav. Sucede que…*

—Lo está sonsacando como a un niño —murmuró la señora Nolan—. Pero no tiene demasiado mérito, tratándose de un hombre de la inocencia de Novorin.

> —… *Cambiar el nombre, además de poner la e al final del*

*apellido ruso.*

*—¿No te gustaba ser ruso?* —preguntó Nora Tisdale.

*—No sé. Simplemente, me sentía francés. ¿Por qué me haces tantas preguntas sobre eso?*

*—¿Te molesta que sienta interés por ti?*

*—No… No, no. Al contrario. Yo también siento interés por ti, Nora. Quisiera saberlo todo sobre ti.*

*—Me parece que vamos a tener mucho tiempo hoy para hablar de nosotros* —rió Nora—. *¿Sabes qué voy a hacer ahora? Pues mientras nos acercamos a esas islas, voy a bajar a preparar el desayuno para los dos. ¿Te parece bien?*

*—Preferiría que estuvieses aquí conmigo, pero acepto.*

*—Te espero abajo, entonces.*

Los Nolan y Malpasi cambiaron una mirada. Ya no se oía nada… Pero poco después volvieron a oír la voz de Nora Tisdale… Tardaron unos segundos en comprender a qué era debido, y la estupefacción cundió en los espías rasos.

—Está cantando *Gigi l'amoroso* —se pasmó la señora Nolan.

# Capítulo VIII

En el interior del yate, Nora Tisdale oyó el rumor de la cadena del ancla. Poco después, Claude Novorine aparecía en el saloncito, sonriendo.

—No deberíamos estar aquí abajo, Nora, sino en cubierta. Es un día maravilloso.

—Lo que quizá no va a parecerte maravilloso es el desayuno que he preparado —rió Nora—. Me temo que en la cocina no soy precisamente una maravilla. ¿Y sabes quién tiene la culpa de eso?

Novorine se acercó y la abrazó por la cintura.

—¿Quién? —sonrió.

—Los hombres. Nos habéis convencido hasta tal punto de que cocináis mejor que las mujeres, que finalmente me dije: «Bueno, pues que cocinen ellos».

—Es una reacción muy lógica —rió Novorine.

Se inclinó y besó a Nora en un lado del cuello. Ella se apartó suavemente y le miró a los ojos. Los grandes, inteligentes y nobles ojos de Yaroslav Novorin.

—Siéntate —musitó—. Te serviré el desayuno.

—Nora…

—Por favor, Claude; luego. Ahora vamos a desayunar.

—Está bien.

Novorine la soltó y fue a sentarse en el diván corrido bajo el ventanal. Colocó ante sí la pequeña mesita rectangular, alzó la mirada, abriendo la boca para decir algo… y se quedó así, inmóvil, mirando la pistolita con que Nora Tisdale le estaba apuntando. Tardó algunos segundos en reaccionar.

—Eso es una pistola —dijo, todavía sorprendido.

—Así es, Yaroslav —dijo Nora, en perfecto ruso.

—¿Y qué signif…? ¡Has hablado en ruso!

—En efecto, colega: estoy hablando en ruso —contestó en este

idioma Nora Tisdale.

—Pero… No comprendo… ¿Qué ocurre, Nora?

—No me llamo Nora, Yaroslav. Seguramente bastará con que te diga cuál es mi nombre de guerra para que sepas que todo ha terminado para ti; soy Baby.

—¿Baby? Bueno, no comprendo… Nunca había oído ese nombre antes, así que no… no entiendo nada…

—Me gustaría estar un rato de charla contigo, pero no vale la pena, Yaroslav Novorin. Con pocas palabras comprenderás que lo sé todo y que tú has llegado al final de tu carrera. No por la emisora, no…, sino por la muerte de Edward Parker.

Claude Novorine estaba atónito.

—Pero… ¿de qué estás hablando? —exclamó—. ¿De qué emisora hablas y quién es Edward Parker?

—Era. Era un compañero mío, hasta que tú lo mataste.

—¡Yo no he matado a nadie! —Respingó el ruso-francés—. ¿Qué estás diciendo? ¡En toda mi vida he matado a nadie, por Dios!

—¿Tienes una pistola «Beretta» del 7.65?

—Sí… Sí, es cierto. ¿Cómo lo sabes?

—Esta noche he abierto tu caja fuerte, y la he visto; en tu pistola falta la bala que se alojó en el corazón de Edward Parker. Debes ser un gran tirador, Yaroslav, para no necesitar más que una bala.

—Nora, no entiendo…

—¡No te muevas! Sigue sentado, Yaroslav. Y desde luego, me entiendes perfectamente. Así que por la muerte de Parker, tú vas a pagar con el único precio posible.

—Nora… Nora, espera, esto… esto debe ser una pesadilla extraña… Te lo juro: nunca he matado a nadie, no sé de qué me hablas. Tengo una «Beretta» 7.65, es cierto, pero es un arma ya vieja, que un día puse en la caja, por si alguna vez querían robarme… Y desde entonces, ni siquiera la he vuelto a tocar…

—Ya basta, Yaroslav. Ni siquiera me interesa saber para qué habéis montado esa potente emisora en Córcega. No me interesa porque ya está destruida. Ahora voy a destruirte a ti.

—Nora, te rueg…

Plof.

Claude Novorine, que de nuevo había comenzado a ponerse en pie, se llevó las manos al pecho y lanzó un fuerte alarido, mientras

caía hacia delante, derribando la mesita, y finalmente rodando por el suelo, hasta quedar tendido de bruces.

Nora Tisdale estuvo unos segundos inmóvil, mirándolo. Luego fue adonde había dejado el maletín y sacó la radio.

—¿Simón?

—Sí. Estoy viendo el yate, Baby.

—Ya puede venir. Yaroslav Novorin está muerto.

—Estoy ahí en dos minutos. Prepárese.

—Será mejor que suba a bordo, Simón. Quiero echar el cadáver al agua, con algo que lo lastre para siempre al fondo del mar.

—No haga nada, entonces. Voy a ayudarla.

Nora Tisdale cerró la radio, la guardó en el maletín y se sentó en el diván, encendiendo un cigarrillo. Estaba a la mitad cuando oyó el motor de la lancha…, que poco después se detenía al costado del yate. Un minuto más tarde, Simón-Avioneta aparecía en el saloncito del yate. Dirigió una mirada indiferente a Novorine y señaló hacia arriba.

—He subido al yate un anclote de la lancha. Sólo tenemos que amarrarlo a los pies de este ruso y tirarlo al agua; jamás volverá a la superficie.

—Está bien. Vamos a subirlo.

—*Okay*. Agárrelo por los pies.

Simón lo hizo por los sobacos. Subieron a cubierta el cuerpo de Claude Novorine y el hombre de la CIA ató el anclote a sus pies.

—Será mejor que antes de arrojarlo por la borda, echemos un vistazo, Baby no sea que hubiese alguien en alguna de estas islitas y nos viese.

Pero no había nadie a la vista. El cuerpo de Claude Novorine fue pasado por encima de la borda y echado al mar, donde se hundió rápidamente.

—Voy a buscar mi maletín —dijo Nora Tisdale—. Venga conmigo, echaremos un último vistazo por el yate, por si encontrásemos algo de interés.

Diez minutos más tarde, se reunían de nuevo en el saloncito. Simón movió negativamente la cabeza.

—Nada. ¿Y usted?

—Tampoco —negó Baby—. Bien, no importa. Lo que sí importaba está hecho: hemos destruido la emisora y hemos vengado

a Ed Parker. Vámonos… Ah, mi maletín…

* * *

Todavía Malpasi y los Nolan pudieron oír las pisadas de Baby y Simón subiendo a cubierta. Y todavía un poco después, y muy amortiguado, el motor de la lancha al ser puesto en marcha… Segundos después, el silencio era absoluto.

Nolan volvió la cabeza hacia Malpasi y suspiró profundamente.

—Ya está: lo ha hecho.

—Nunca tuve la menor duda sobre eso. Está bien… Ahora tienen que ir con la lancha adonde han dejado el coche y con éste se dirigirán al aeropuerto. Id allá para aseguraros de que toman la avioneta. Y fijaros bien en el aspecto físico de Baby para describirlo a los que están esperando en el aeropuerto de Niza. No creo que podáis equivocaros: un hombre y una mujer como ella, subiendo a una avioneta, tienen que ser fáciles de ver.

* * *

Efectivamente, fueron fáciles de ver. Un hombre alto y atlético, atractivo, acompañado de la rubia Nora Tisdale aparecían en Campo del Oro hacia las once y cuarto de la mañana. En quince minutos solucionaron los trámites para despegar. Es decir, los solucionó el hombre, mientras Nora Tisdale, en el bar, tomaba un café y fumaba un cigarrillo…, observada de lejos y a cubierto por los Nolan.

—Me dan ganas de matarla —susurró la señora Nolan.

—Tranquila. Todo llegará, sin duda, en cuanto sepamos adónde va en Estados Unidos y quién es. Me parece que Yuri se equivocó: sigue siendo rubia, con ojos verdes, tal como la hemos visto en el hotel. De modo que ésa es la descripción que tendremos que informar a los de Niza.

—Insisto en que no es demasiado lista. Simplemente está muy bien apoyada por sus compañeros y debe tener una suerte increíble.

Nolan no contestó. Poco después, apareció Simón, que fue al bar directo hacia Nora Tisdale. Vieron a ésta señalar la taza de café,

pero el hombre de la CIA negó y dejó un billete sobre el mostrador, pagando el café de Nora Tisdale. Luego, los dos se alejaron.

Y cinco minutos más tarde, los Nolan contemplaban el despegue de la avioneta, que pronto tomó rumbo al Norte, hacia la costa francesa.

Los Nolan fueron a su coche, y regresaron a Ajaccio, cruzando la ciudad hasta Punta de la Parata, donde estaba el hotel Beausoleil. Subieron a su habitación, donde les estaba esperando Yuri Kenachian, alias Guido Malpasi, abriendo a intervalos el canal de la radio. Apenas verlos entrar en la habitación, movió la cabeza negativamente.

—Todavía no ha ido nadie al yate. Ni lo harán hasta mañana, o pasado, seguramente, cuando en el hotel empiecen a inquietarse, y avisen a la policía… ¿Los habéis visto?

—Sí. Ella sigue siendo rubia, Yuri.

—Ah… Bien, no importa; haga lo que haga, los de Niza la rastrearán, desde el mismo momento en que aterrice. De modo que sólo tenéis que avisarlos, desmontar todo esto y marcharos a Roma. Informad allá de que todo está bien aquí, y que sólo espero el aviso del paso de ese avión. Eso es todo. Nos veremos en Moscú.

—De acuerdo. Todo lo demás queda en tus manos, Yuri.

—Id tranquilos. Avisaré a nuestros hombres de Propriano para que recojan, al anochecer, a los cuatro que están dormidos en la gruta y los pasen al bote neumático esta noche. A la hora en punto estaré esperando ese bote, en el lugar convenido.

—No te distraigas: recuerda que si tú no estás allí, el bote regresará al submarino con las armas, y que los de las avionetas se marcharán de Córcega al amanecer si no han sido cargadas las armas.

—Ya he dicho que os vayáis tranquilos —refunfuñó Malpasi—. Lo difícil está hecho, así que no voy a fallar en lo fácil. Adiós.

Guido Malpasi abandonó la habitación.

Hacia las cuatro de la tarde, Guido Malpasi recibió una llamada telefónica desde Niza: la avioneta en la que tendrían que haber llegado ya hacía tiempo más que suficiente un hombre y una mujer rubia y hermosa, no había hecho acto de presencia en el aeropuerto de Niza.

Por un instante, un intenso frío recorrió la columna vertebral de

Yuri Kenachian, al escuchar este informe. Pero un instante más tarde, comprendía la decepcionante solución: Simón y Baby no habían ido a Niza, sino directamente a Marsella, donde a Malpasi le constaba que la CIA tenía una estación mucho más importante en el sur de Europa…

En definitiva, una vez más, Baby había dado esquinazo al espionaje soviético. Lo cual no tenía precisamente de buen humor a Guido Malpasi cuando hacia las cinco y media, se dirigía hacia Campo del Oro en su coche. Menos mal que aquí todo estaba bien: las tres avionetas habían llegado ya. Las estuvo contemplando unos minutos, complacido de su aspecto: veloces, fuertes, muy aptas para ser armadas y salir al paso a aquel avión que, desde Roma, pasando en cierto momento sobre el mar, se dirigiría hacia Londres.

Debían ser las seis y media de la tarde cuando Guido Malpasi se alejaba de las pistas, hacia el estacionamiento. Su malhumor por haber perdido la pista de Baby se había atenuado un poco, y casi empezaba a conformarse, aunque pensando que quizá debió permitir que Katia matase a Nora Tisdale.

«Tiene que ser suerte —pensaba, caminando hacia su coche—. Sólo así se explica que Baby siga viva después de las cosas que ha llegado a realizar en el espionaje mundial. Pura y simple suerte, como en esta ocasión… ¿Cómo demonios se me había de ocurrir que irían a Marsella? Si vinieron de Niza, cabe suponer…».

Los pensamientos de Guido Malpasi se esfumaron bruscamente. Se detuvo en seco, con la mente en blanco de pronto, incapaz de reacción alguna, contemplando al hombre que había aparecido ante él.

—Carawan —susurró—. ¿Qué hace aquí?

Jason Carawan, pálido como un muerto, demudado el rostro, perlado de finas gotitas de sudor, señaló por encima de su hombro.

—Tengo el coche ahí, Malpasi —dijo con voz ronca, casi como un maullido aterrado—. Venga, Tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Malpasi.

—Por favor, venga; quiero que conozca a una persona que me ha estado ayudando en secreto en este trabajo.

—¿En secreto? ¿De qué está hablando?

—¡Sí, en secreto! ¡Nos hemos enfrentado a Baby, y cuando eso ocurre, nada debe sorprendemos! Por mi parte, tomé las debidas

precauciones… ¡y han dado resultado! ¡Venga al coche, no es prudente permanecer más tiempo al aire libre!

Guido Malpasi miró a todos lados, inquieto. Luego fue en pos de Carawan, que caminaba rápidamente. Llegaron junto a un coche, y Carawan abrió la puerta izquierda de atrás, señalando el interior. Malpasi se inclinó y vio a la anciana que ocupaba un extremo del asiento. Se irguió, mirando vivamente a Carawan.

—¿Quién es?

—Mi colaboradora. La he utilizado muchas veces en Niza. Pasemos al coche. Siéntese junto a ella.

—Pase, por favor —pidió la anciana, en francés—. Es peligroso que permanezca a la vista, señor Malpasi.

Éste no vaciló más. Se sentó junto a la anciana mientras Jason Carawan lo hacía ante el volante, volviéndose inmediatamente hacia ellos.

—Se lo voy a explicar —jadeó—. Ustedes pusieron un micrófono en la habitación de Baby y ella se dio cuenta. Así que…

—¡No se dio cuenta! —Respingó Malpasi.

—Sí se dio cuenta —dijo amablemente la anciana.

Malpasi la miró con gran atención. Era una anciana todavía con visibles restos de una belleza que debió ser asombrosa. Sus cabellos eran blancos, cuidadosamente peinados. Llevaba unos lentes de cristales redondos, tras los cuales sus ojos azules lo estudiaban a su vez con amable atención. Vestía muy seriamente, quizá incluso un tanto arcaicamente.

—¿Y cómo puede usted asegurarlo?

—Se dio cuenta —insistió Carawan—, así que comprendió que, puesto que ustedes se habían enterado de que iría en el yate con Novorine, también colocarían micrófonos allá. Asimismo, llegó a la conclusión de que Novorine no tenía nada que ver con esto, que era un chivo expiatorio…

—¿Cómo podía ella saber todo eso? —Casi gritó Malpasi—. ¡Usted tuvo que decírselo, Carawan, usted…!

—¡No, no, no! Todo fue bien hasta que regresamos de destruir la emisora. Hasta entonces, Baby lo iba creyendo todo. Pero al regresar, la cosa cambió… Llegamos desde la gruta, nos separamos al entrar en Ajaccio y yo le llamé a usted por la radio… ¿Recuerda eso?

—¡Claro!

—Pues bien: Baby escuchó una buena parte de la conversación entre nosotros, así que comprendió la verdad.

—¿Cómo que escuchó nuestra conversación? —aulló Malpasi—. ¡Eso no es posible!

—Fue posible. Cuando me separé de Baby, ella le dijo a Simón que fuesen a rué Duvier. Encontraron pronto el coche de Gerard y Richard, estacionado cerca de la casa. Como quiera que Baby, al registrar a los dos franceses, no les encontró encima ninguna radio de bolsillo, cosa que, reflexionando, le pareció poco lógica, pensó que quizá tenían alguna en el coche. Forzaron la portezuela, y en efecto, dentro del coche, en la guantera, encontraron la radio con la que yo me había ido comunicando con los dos franceses. Ninguno de ellos era un profesional, y disponían sólo de una radio, así que la pusieron en la guantera simplemente, y cuando fueron a la casa, se olvidaron de ella. Por eso, Baby la encontró, abrió el canal… y escuchó casi toda nuestra conversación.

El sudor comenzó a brotar, a chorro, en la frente de Yuri Kenachian.

—Pero eso… —jaleó— eso significa que esta mañana, cuando habló conmigo en el hotel, cuando… cuando se iba con Novorin al yate, ya… ya sabía que yo y usted… que yo…

—Ya lo sabía, en efecto.

—Pero ha matado a Novorin, ha mat…

—¡Claro que no! También encontró los micrófonos en el yate, ya se lo he dicho. Ahora bien, entre el hotel y el yate no podía haber micrófono alguno, y fue en ese momento cuando Baby puso a Novorin al corriente de lo que estaba sucediendo. Y en el yate, los dos representaron una comedia en honor de usted, pues sabían que les estaba escuchando.

—¿No mató a Novorin? —Apenas se oyó la voz de Malpasi.

—No. Disparó sin bala contra él. Novorin simuló estar muerto, quedó tendido en el suelo. Luego, llegó Simón y lo hicieron todo como si realmente Novorin estuviese muerto, y lo tiraron al mar. Todo ello, temiendo que hubiese en el yate también alguna cámara fotográfica, o cualquier truco de esta índole, además de los micrófonos. Pero en el agua no podía haber ni cámara ni micrófonos… Novorin, que naturalmente llevaba las manos libres,

puesto que estaba «muerto», se desprendió del anclote y nadó bajo el agua hasta la costa de la islita más cercana. Y allí está, esperando que le avisen de que todo ha terminado, y que puede volver con su yate al hotel, y decir que la señorita Tisdale tuvo que marcharse urgentemente a París y que ha de enviarle su equipaje.

Yuri Kenachian se pasó las manos por la frente y la cara. Estaba completamente empapado en sudor. En sudor frío. Sus ojos miraban desorbitados a Jason Carawan, que no parecía estar en mejor estado de ánimo que él.

—No es posible… No es posible…

—Es cierto, no sólo posible —contradijo Carawan—. Por otra parte, desde el primer momento Baby sabía que yo había traicionado a la CIA y sospechaba que aquella noche estuve en Ajaccio y maté a Ed Parker.

—¿También sabía eso? —jadeó Malpasi—. ¿Cómo?

—Por culpa de un ataque de apendicitis.

—¿Qué…?

—Eso es más largo de contar y no soluciona nada. ¿No lo comprende, Malpasi? Baby me ha estado utilizando, en todo momento ha desconfiado de mí, me han vigilado… Incluso cuando fui detrás de los dos franceses, Simón no estaba vigilando el hotel, sino que me siguió a mí, pero simularon lo otro. Por suerte, yo no entré en contacto personal con Richard y Gerard, pues si lo hubiese hecho, las cosas habrían terminado antes. Y cuando los maté, fue precisamente cuando Baby se reafirmó en sus sospechas: habían sido utilizados, así que ya sólo resultaban comprometedores… En resumen, Malpasi: Baby lo ha descubierto todo.

—Menos el objeto de todo esto —intervino reposadamente la anciana—. Por supuesto, Baby ha comprendido que Novorine era el chivo expiatorio y la emisora una pantalla para justificar la muerte de Parker: la CIA debía creer que Novorine había asesinado a Parker porque éste estaba tras la pista de la emisora. Y solucionado este asunto, es decir, destruida la emisora y muerto Novorin, debían dar el problema por terminado. Cuando en realidad el asunto comenzaba entonces, cuando Jason Carawan quedaba como jefe de la CIA en la isla… Es decir, que, prácticamente, la ponía en manos de la MVD para… ¿Para qué, señor Malpasi?

—No le interesa… ¡No le importa!

—¿Eso piensa? Muy bien: siga con su labor, y cuando crea que todo está a punto para realizar sus planes, la CIA caerá sobre usted. ¿No lo comprende? Baby le ha metido en un cepo, del que no saldrá jamás. Y, de momento, sólo yo puedo ayudarles a ustedes.

—¿Y quién es usted? —gritó Malpasi—. ¿De dónde ha salido, quién demonios es?

La anciana le miró fríamente.

—Es usted un cretino, Malpasi. ¿Prefiere no confiar en mí y seguir adelante con su juego? Hágalo: hay ya en la isla más de veinte hombres, que han ido llegando desde el continente y que no le permitirán mover un dedo en cuanto usted les ofrezca el festín. En cuanto lo juzguen oportuno, aparecerán. ¿Qué hará usted entonces?

—No es cierto… ¡No es cierto!

—Decididamente, es usted un cretino —movió la cabeza la anciana—. Muy bien, salga del coche: la conversación ha terminado. Usted verá lo que hace, de aquí en adelante, y cómo consigue escapar de la isla sin mi ayuda.

—¿Usted puede ayudarme? ¿Cómo?

—Malpasi, hagamos un trato: dígame qué está tramando, y le aseguro que yo solucionaré todos sus problemas. O eso, o salga ya del coche.

Yuri Kenachian se pasó de nuevo las manos por la cara y luego por los pantalones, limpiándose el copioso sudor. La cabeza le daba vueltas… En otras ocasiones, había tenido contratiempos, ciertamente, pero esta vez tenía la impresión de estar metido en una estrechísima jaula, llena de puntas de lanza, que le pinchaban si respiraba profundamente… Claro, por eso Baby no había ido a Niza. Debía haber ido a Marsella, y desde aquí, había impartido órdenes para que todos los hombres de la CIA disponibles alrededor de Córcega, se concentrasen allí. Es decir, que lo tenían localizado, tenían localizadas las avionetas, a los hombres de la gruta y a los que pronto se los llevarían hacia el punto de la costa donde llegaría el bote neumático, procedente del submarino… Quizá se apoderasen del bote, y de algunos hombres, y los obligasen a llevarlos hacia el submarino, quizá por radio comunicarían la posición de éste y quizá apareciese una lancha torpedera, o un avión capaz de disparar cohetes contra el submarino, o…

—Tengo que avisar —jadeó—. ¡Tengo que avisar a todos!
—¿Acepta mi trato?
—Sí… ¡Sí, sí, sí! Queríamos tener la isla limpia de hombres de la CIA.
—¿Para qué?
—Fue elegida como base para preparar tres avionetas con armas adecuadas para atacar un avión que, dentro de dos o tres días, pasará rumbo a Londres, por el Norte.
—¿Qué avión?
—Es un avión privado… Hará escala en Roma y luego seguirá hacia Londres.
—¿Quién viaja en ese avión?
—Unos cuantos árabes… Ocho o diez árabes, personajes importantes en la política y el ejército egipcio. Egipto está en tratos con Gran Bretaña para comprar armas y material bélico, por valor de mil millones de dólares. Especialmente, carros de combate y aviones.
—Sabemos eso —parpadeó la anciana—. Sí, ¿qué más?
—Bueno… En Moscú, la noticia no sentó nada bien. Preferimos ser nosotros quienes sigamos suministrando esa clase de material a El Cairo, y a los demás países árabes. La compra de material a Londres era… es un precedente que no nos interesa, aparte de la pérdida de urna venta de mil millones de dólares. Así que… fue rápidamente planeado el modo de dar un escarmiento a El Cairo.
—Según entiendo, pretenden derribar un avión en el que viajan ocho o diez personajes importantes egipcios, que vuelan a Londres para ultimar los detalles de esa compra de armamento.
—Sí, sí… El asunto está montado de modo que el ataque a ese avión parezca un plan conjunto de Estados Unidos e Israel. De este modo, Egipto volvería al redil ruso, muy deterioradas las relaciones que ya empiezan a ser aceptables con Estados Unidos… y ni que decir tiene que seguirán hostiles a los israelitas.
—Entiendo. ¿Qué más?
—Nada más. Bien, ignoro los detalles que puedan derivarse luego de este plan. Este es mi trabajo, simplemente, y no me interesa el resto. ¿Cómo va a sacarnos de aquí? ¿Nos están vigilando ahora?
—No —musitó la anciana—. No, señor Malpasi… ¿Para qué?

Sólo es necesario matarlo a usted para que el plan termine. Y naturalmente, el servicio de inteligencia egipcio será informado de esta maniobra de la MVD soviética. Sí, conviene que el Moukhabarat egipcio conozca bien a sus amigos rusos.

—¡No hará tal cosa! —exclamó Malpasi—. ¡No se lo permitiré!

—No diga tonterías —replicó secamente la anciana—. Usted no es quién para permitirme o prohibirme nada, Malpasi… ¡Cuidado! —Una pistolita apareció en la mano de la anciana, apuntando a Guido Malpasi a la frente—. Si toca su pistola, es hombre muerto. Aunque, de todos modos, es hombre muerto, colega.

—¿Quién es usted? ¡Quiero saber quién es usted!

—Nora Tisdale le habló de mí, ¿recuerda?

—No… No, no…

—¿No recuerda que le habló de su anciana amiga Annette Simonet, duquesa de Montpelier? Sí, Guido, hombre… La anciana que tenía un modo tan peculiar de cumplir años, con tanta alegría… ¡Un año más de vida, querida! ¿Sabes? ¡Tenemos todo un día entero por delante! ¡Otro día para vivirlo! Es tan hermosa la vida… Sale el sol, cantan los pájaros, el cielo está azul, los árboles llenos de fruta, los campos llenos de flores… Querida, ¿no sabes? ¡Acabo de VIVIR otro día! ¿No es maravilloso?

Los ojos de Guido Malpasi estaban poco menos que fuera de las órbitas.

—Es usted —jadeó—. Usted es Nora Tisdale, usted es Baby… ¡Es usted!

—En efecto, Guido. Soy Baby, su ejecutora.

—No… No va a matarme, claro que no —Malpasi emitió una risita histérica—. ¡Claro que no va a matarme!

—¿Por qué no? —se sorprendió *madame* la duquesa—. Parece que no entiende bien las cosas, Guido. ¿De verdad no comprende? Se lo explicaré: había aquí, en esta isla, un hombre llamado Ed Parker, que vivía haciendo su trabajo… ¿Espía? Muy bien, era espía… ¿Qué tiene eso de malo? El espía, como el soldado, lucha por su patria a su manera. ¿Verdad que está mal asesinar soldados? Pues, Guido, a mí me parece igualmente malo asesinar espías.

—Pero yo no maté a Parker… ¡Fue Carawan!

—Lo sé. Ya lo sé todo, Guido. Sí, Jason Carawan fue la mano asesina. Y usted fue el cerebro. Del mismo modo, yo habría sido la

mano asesina de Claude Novorine y usted el cerebro… ¿Cree que puedo dejarle marchar? Ah, no, Guido… No. En realidad, usted es el asesino de dos agentes de la CIA. Es suficiente.

Plop.

Yuri Kenachian ni siquiera tuvo tiempo de respingar. La bala, diminuta, puso punto final a todas sus preocupaciones, en efecto. Se derrumbó hacia la esquina del asiento, y quedó allí, con los ojos abiertos, la boca torcida hacia un lado…

Jason Carawan desvió su mirada hacia Annette Simonet y luego miró la pistola que ésta empuñaba. Ella le miró a los ojos y susurró:

—Vamos adonde Simón nos espera con el helicóptero.

* * *

Al principio, a Claude Novorine le pareció una bola de fuego, pero muy pronto se dio cuenta de que era un helicóptero, que recibía los rojos rayos del sol poniente.

Poco después, lanzando cegadores destellos, el helicóptero descendía sobre el pequeño islote, y Novorine se acercó a él, un tanto indeciso. Inmediatamente, vio a Nora Tisdale y sonrió…, pero todavía preocupado.

—Sube —dijo ella—. Os llevaremos a tu yate.

Novorine subió al helicóptero y miró con relativa curiosidad a Simón-Avioneta, al que ahora se podría llamar Simón-Helicóptero, y a Jason Carawan, sentado en el asiento delantero, a su lado. Luego, miró a Nora Tisdale. Si le hubiesen dicho que hora y pico antes aquella hermosa muchacha rubia había sido una anciana de venerables cabellos blancos, se habría echado a reír.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó.

—No te preocupes por eso. Todo ha terminado, Claude, excepto algo que me tiene realmente intrigada. ¿Qué te dijo aquel hombre cuando te entregó el folleto de viajes? He estado tan ocupada, que no he pensado antes en preguntártelo.

—Bueno, me contó un cuento sobre hacer un viaje a Londres, donde tenía un hotel que estaba funcionando mal, y quería saber si yo podía invertir dinero en él. Una especie de asociación hotelera: él me enviaría clientes aquí y yo le enviaría clientes allí. Incluso aseguró que la línea aérea en cuestión podría hacer descuentos a

nuestros clientes… Algo así. ¿Por qué?

—Ya no importa. Claude, ya no volveremos a vemos más.

—¿Qué? —Palideció Novorine.

—Lo siento. Sólo he estado haciendo un trabajo de espionaje y te he salvado la vida. No puedo… darte nada más de mí. Ni ahora, ni nunca.

—¿Amas a otro?

—Sí. Con toda mi alma.

Claude Novorine bajó la cabeza y no dijo nada más. El helicóptero estaba ya sobre el yate, inmóvil, como una libélula…

—Tenéis que saltar —dijo Nora Tisdale.

Novorine la miró. De pronto, sonrió y tendió la mano.

—Adiós, Nora. Y gracias por todo. Supongo que no debo hablar nunca de esto a nadie.

—Nunca, Claude.

Novorine asintió con la cabeza. Saltó a la cubierta de su yate. Jason Carawan lo hizo tras él… Y cuando Novorine le miró, después de contemplar el helicóptero perdiéndose en la distancia azul y roja, ya morada, lo vio pálido como la mismísima Muerte.

—¿Se encuentra usted mal, señor?

Jason Carawan tragó saliva y dejó de mirar también hacia el helicóptero. Cuando Novorine vio la expresión de sus ojos, se sintió como agarrotado por un intenso frío.

—Por favor, busque un lugar muy profundo —dijo con voz ronca el agente de la CIA—. Muy profundo, señor Novorine. Y asegúrese de que jamás volveré a la superficie.

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—¿Tiene usted alguna cadena y algo pesado?

—Sí, claro. En el compartimiento de los motores tengo…

—Vaya a buscarlo, por favor.

Desconcertado, Claude Novorine obedeció al hombre que para él no tenía nombre. El hombre pálido como la muerte. Fue a buscar lo pedido, dejando a Novorine solo en cubierta, mirando hacia el cielo cada vez más oscuro, en el que brillaban ya, pálidamente, unas cuantas estrellas. Terminaba aquel día y para Jason Carawan, era el último. Ella le había dejado elegir.

*—¿Su destino, Jason? Elíjalo usted mismo.*

Sí, terminaba aquel día, y Jason sabía que no vería el siguiente: no vería el sol, ni escucharía el canto de los pájaros, ni olería el perfume de las flores que se abrirían a un nuevo día de vida…

Un chivo expiatorio.

En realidad, él era también un chivo expiatorio. Un chivo expiatorio mucho más completo que Claude Novorine. Un chivo expiatorio de su propia ambición, de su asesinato, de su profesión tan mal entendida a veces.

Mientras sacaba su pistola con silenciador, pensó:

«Sí, en realidad yo soy aquí el único chivo expiatorio».

En la reducida sala de máquinas, Claude Novorine, que estaba apartando unas cadenas, ni siquiera pudo oír el chasquido del disparo efectuado con silenciador.

# Este es el final

Debían ser las siete de la tarde de aquel caluroso día estival cuando la señorita Brigitte Montfort, recién llegada de su viaje a Europa, entraba en el salón de su lujoso apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina, y se quedaba estupefacta contemplando el insólito, mucho más que sorprendente espectáculo: todo el salón estaba lleno de flores, de banderitas de colores, de globos…

Se volvió hacia Peggy, su fiel ama de llaves. La rubia auténtica, la pecosa, la simpática y bonita Peggy.

—Pero ¿qué significa todo esto? ¡El salón parece… parece una barraca de feria!

—Ay, señorita —gimió Peggy—. ¡Yo no tengo la culpa!

—¿Cómo que no tienes la culpa? —Frunció el ceño *Baby* Montfort—. Pues ¿quién la tiene?

—¡Tatatarítatiiii! —Apareció Frank Minello, con un gorro de papel rojo en la cabeza y una trompeta hecha con papel de plata, de la que pendían tiras de colores—. ¡Tatatí-tatí-tatí…, la reina ya está aquí!

—¡Frankie! —exclamó Brigitte—. ¿Qué haces?

—¡Tatí-tatí-tatíiiiiitararíiiii…!

—¡Frankie! —gritó Brigitte—. ¡Quiero que me expliques…!

No dijo nada más. Por detrás de Frankie, fueron entrando otros personajes en el salón: Miky Grogan, director del *Morning News*, sosteniendo en los brazos una enorme caja de bombones. Charles Alan Pitzer, es decir, tío Charlie, el jefe del sector Nueva York de la CIA, y, por tanto, jefe directo de la divina Baby; con él, cómo no, llegaba el simpático Simón-Floristería, su ayudante. Y detrás de éste, apareció nada menos que míster Cavanagh, el hombre que dirigía, en todo el mundo, el grupo de acción de la CIA, uno de los más viejos y queridos amigos de Brigitte…

La cual, pálida de pronto, se quedó mirando hacia el hueco de la

puerta por la que habían salido estos personajes. Su expresión era anhelante, tensa… Y sí: él también estaba allí. Allí estaba Número Uno, su amor, hosco el gesto, seguramente fastidiado por las tonterías de Minello… O, al menos, simulando que aquellas tonterías cariñosas del buen Frankie le molestaban…

—¡Tatí-tatí! —Tocó la trompeta Minello—. ¡También el tipo antipático está aquí!

Brigitte lanzó una exclamación y corrió hacia Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos. Se abrazó a él, y alzó la cabeza, para mirar aquellos negrísimos ojos impenetrables… Impenetrables para todo el mundo, pero no para Baby Montfort.

—Mi amor —susurró Brigitte—. Estás aquí… Pero ¿qué… qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —vociferó Minello—. ¿Es que no sabes ni siquiera el día en que vives?

—Bueno, pues…

—Feliz cumpleaños —dijo Número Uno.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! —empezó a aullar Minello—. ¡En el día de hoy, cumpleaños feeliiiiizzz!

Brigitte *Baby* Montfort cerró los ojos. Lo había olvidado completamente: dos de julio, su cumpleaños… Dios… Otro año más. Otro año más de vida, de flores, de sol, de pájaros, de amigos y de amor…

—¡Voy a descorchar el champaña! —gritaba Frankie—. ¡Peggy, trae las botellas, vamos a nadar en champaña!

Brigitte notó en sus labios los de Número Uno y su mente se cerró a todo lo que no fuese aquello: el amor total.

Que fuese su cumpleaños o no, le tenía sin cuidado.

**FIN**